

Boabdil iba ya a volver las tiendas de su campamento, pero en aquel momento tal su vista se encontró con la vasta corte de los señores. Las altas cimas de los cipreses se movían tristemente, y bajaban sus capaxas hacia estos nobles desterrados, que jamás volverían a orar junto a los muros de su patria. El último momento de su vida se cumplió en aquel momento.

LAS AVENTURAS DEL ÚLTIMO ABENCERRAJE.

Boabdil iba ya a volver las tiendas de su campamento, pero en aquel momento tal su vista se encontró con la vasta corte de los señores. Las altas cimas de los cipreses se movían tristemente, y bajaban sus capaxas hacia estos nobles desterrados, que jamás volverían a orar junto a los muros de su patria. El último momento de su vida se cumplió en aquel momento.

Quando Boadil, último rey de Granada, despues de perdido el reino de sus padres camnaba ya para Africa, cuentan las tradiciones del pais que a dos leguas de su primer jornada, hizo alto en un paraje elevado no lejos de Padul, a cuyo sitio llaman los naturales desde aquel tiempo el *Suspiro*. Desde allí se comienza a ver el mar que el desventurado monarca iba a atravesar para siempre; y en volviendo hacia atrás la vista, se muestra por la postrera vez en toda su grandeza el magnifico y vasto cuadro de aquella ciudad empirea. Los que vienen y los que van, la saludan desde aquel punto; y cualquiera que se retira, la clava en su pensamiento, y se aparta con la esperanza de volver otra vez a verla. No así Boabdil, que habia sido su dueño; y que nunca ya mas desde aquel momento volveria a verla ni a poseerla. En el más profundo silencio él y su corte volvieron su amarrida vista hacia ella, y quedaron inmóviles por largo tiempo. Entre las medias lunas de las torres y chapiteles sobresalia el real alcázar, donde ondeaba el estandarte cristiano, y brillaban las alabardas del extranjero. La deliciosa vega, teatro de tantas glorias y de tantos placeres por siete siglos; el *Gemí* cristalino, el *Jaraquí* frondoso, el *Risueno Generalife*, la soberbia mezquita desamparada, la larga hilera de las murallas, intactas y entregadas de valde, el ejército castellano derramado por los adarves y terraplenes, los reales de Fernando y de Isabel, y las vistosas tiendas empavesadas que cubrian la llanura inmensa por delante de la ciudad; tal era el espectáculo doloroso que hundia sus corazones dentro del pecho, y amarraba sus almas en aquel punto

Granada, Calcedas 12 Junio 1890 - 10

Boabdil iba ya á volver las riendas de su caballo; pero en aquel instante fatal su vista se encontró con la vasta cerca de los sepulcros. Las altas cimas de los cipreses se movian tristemente, y bajaban sus cabezas hácia estos nobles desterrados, que jamás volverian á orar junto á los huesos de sus padres. El altivo agareno cedió esta vez, mal su grado de su fiereza, y lloró, y lanzó un ¡ay! que atronó las montañas circunvecinas. Pero la sultana Aixá, su madre, que le acompañaba, muy mas fuerte, con voz indignada, le dijo: *Llora, llora como una mujer, pues que no has sabido defender tu reino como hombre... ¡Al Africa!...* Y bajando todos el monte con desesperada prisa, desapareció Granada para siempre á los ojos de sus señores.

Los moros de España que siguieron á su rey, se dispersaron en las costas de Africa. Los *zegries* y los *gomeles* se establecieron en el reino de Fez, de donde traian su origen. Los *venegas* y *alabeses* se fijaron desde Orán hasta Argel: los *abencerrajes* en las inmediaciones de Túnez. Allí junto á las ruinas de Cartago subsiste aun una colonia poco numerosa, que no se parece á los otros moros del Africa ni en sus costumbres ni en sus leyes. Su elegancia, su dulzura, y sus nobles modales hacen distinguir todavía en aquella tribu los restos casi estinguídos del imperio de los califas.

Todas estas familias llevaron á su nueva patria los indelebles recuerdos de la antigua. El *Paraiso de Granada* vivia siempre en su memoria, y las madres se consolaban enseñando á sus mamoncillos á pronunciar aquel nombre adorado. Sus cantares para dormirlos, eran romances antiguos de hazañas y proezas de sus mayores. Cada siete dias se hacia, y se hace todavía, una plegaria especial en las mezquitas, donde se invoca á Alá para que abrevie el plazo de la vuelta de sus hijos á aquella tierra de delicias (1). En vano el pais de los lotógrafos ofrecia á estos tristes desterrados sus frutos, sus aguas, su verdor y su hermoso cielo. Lejos de las *torres Bermejas* (2) no habia en el mundo para ellos ni frutos gustosos, ni arroyos limpios, ni frescura, ni

(1) Los moros de Marruecos conservan todavía entre sus tradiciones una antigua profecía, que les anunciaba su vuelta á Granada dentro de un largo plazo ignorado. Y tal es en efecto el objeto de una plegaria que se hace todos los viernes en aquel imperio. Cuando se les pregunta si tienen esperanzas de volver, responden con el tono de una fe religiosa: *Ser preciso volver; está escrito.*

(2) Torres de una antigua casa real de placer en el *Campo Rojo*, llamado hoy de los *Mártires*, en las alturas de la *Ajambra* que domina el *Genil*.

cesped vivo, ni sol digno de ser mirado. Cuando á alguno de estos ilustres forasteros le llevaban á la vega de la Bragada, sacudia la cabeza, y decia suspirando: «¿Granada!»

Pero los Abencerrrajes mas que todos conservaban la memoria tenaz, y de indestructible prurito de la patria. Una pena mortal los consumia al acordarse de aquel antiguo campo de la gloria, y de aquellas orillas deliciosas, donde hicieron resonar tantas veces su acostumbrado apellido de guerra; honor y amor. No sirviéndoles ya de nada sus lanzas en el desierto, ni teniendo para qué calarse sus morriones en aquella humilde colonia de labradores, se dedicaron al estudio de las plantas medicinales, profesion estimada otro tanto como las armas por sus antepasados. Propio de caballeros era tambien, y recibida usanza, el curar ellos mismos las heridas que habian hecho al enemigo vencido. Los que no tenian campo donde herir ni ser heridos, se distraian en cultivar el arte que restaña la sangre vertida gloriosamente. El corazon humano no se apasta en la soledad sino de hábitos y recuerdos del bien antiguo.

La cabaña de esta familia que habia tenido palacios, ocupaba un paraje distante de los demas emigrados, á la orilla del mar, al pie de la montaña de *Mamelife*, entre las mismas ruinas de Cartago, en el mismo lugar donde San Luis murió sobre la ceniza, y donde solo se ve hoy una ermita mahometana. En los muros de esta cabaña estaban todavia colgados por aquel tiempo los escudos, forrados de pieles de leones, donde se veian trazadas las armas de aquel linage: dos salvajes en campo azul que derivaban con sus clavas una ciudad, y una orla blanca cuya letra decia: Mas podemos. Allí estaban colocadas á lo largo sus lanzas, adornadas con banderines blancos y azules; los brillantes perpuntes de raso açuchillado; las marlotas y capellares recamados de oro y plata; los borceguies de brocado, empedrados de fino aljofar; los almazares, los penachos, los viejos petos, las fuertes mallas, los ennegrecidos morriones, las manoplas de fierro, los puñales morunos engastados en pedreria, los terribles alfanges damasquinos, y los ricos tahalies de Oriente, sembrados de esmeraldas y de rubies. Allí estaban tambien colgados los vistosos frenos tachonados de diamantes y de topacios, los jaeçes y las garzotas de los caballos, las sillas jerezanas, los estrivos anchos de plata, y las grandes espuelas de oro de Tivar, que los *Iseults*, los *Genievres* y los *Orianes* calzaban en otro tiempo al novel caballero, cuyo nombre iba á ser inscrito en el libro de los valientes.

Por delante, y al pie de estos nobles trofeos de guerra, se halla-

Dan colocados en largas mesas los trofeos no menos honrosos de su nueva vida pacífica; plantas cogidas en las cumbres del *Atlas* y en el desierto de *Zahara*; otras muchas, traídas de Granada, cultivadas con grande esmero. Las unas servían para aliviar los males del cuerpo; las otras estendían su poder á los males del alma. Los abencerrajes estimaban con preferencia las que servían para calmar las penas inútiles, las ilusiones locas, y las esperanzas decaídas del bien, que nacen y mueren, vuelven y se van mil veces. Por desgracia estos simples tenían virtudes opuestas para ellos. El olor de una flor de la patria, era como una especie de veneno para estos nobles emigrados.

Veinte y cuatro años corrían entonces desde la toma de Granada, y no obstante en tan corto tiempo habían perecido ya catorce Abencerrajes por la influencia del nuevo clima, por los accidentes de la vida errante, y mas que todo por la pasión de ánimo que consume la fuerza de la vida. De toda aquella casa famosa, no quedaba ya sino un solo renuevo. Aben-Hamet, única delicia y consuelo de su madre viuda, retrataba en medio de los viejos de su tribu toda la gentileza, todas las virtudes, todo el brio y la hermosura de aquel caudillo insigne del mismo nombre, á quien perdieron los Zegries por calumnia, acusándole de adulterio con la sultana. Magestad, valor, cortesía, *donaire*, generosidad, todas las cualidades de sus mayores se juntaban en él, con aquel aire interesante, y aquella blanda y ligera sombra de tristeza que da la desgracia noblemente soportada. Apenas perdió á su padre, á la edad de veinte y cinco años, resolvió peregrinar al país de sus abuelos para satisfacer á la necesidad de su corazón, y cumplir un voto secreto que á ninguno de sus amigos reveló nunca, y ocultó con cuidado á su misma madre.

De la escala de Túnez un viento favorable le llevó á Cartagena de-rechamente, donde tomó el camino de Granada sin detenerse. Sus papeles le designaban como un médico árabe, que venía á herborizar en las rocas de *Sierra-nevada*. Cabalgaba desconocido sobre una mula mansa, que le llevaba bien despacio por aquellas mismas llanuras donde volaban en otro tiempo sus padres sobre caballos andaluces; su escudero no era sino un pobre paisano, arriero de oficio, que conducía además otras dos mulas, aderezadas á la usanza de aquellos pueblos, que eran de ver; grandes mantas de lana listadas, perifollos y muchos flecos de seda baja; cascabeles y campanillas sin cuenta. De esta suerte pasó á lo largo de los brezales y palmares del campo de Murcia y Lorca. Las corpulentas palmas llenas de años, que se alzaban por todas partes, le

recordaban las manos de sus antiguos que las habian plantado, harto agenos de que algun dia se sentarian los enemigos bajo su sombra. Cuando entraba en las aldeas, el primer objeto que se ofrecia á sus ojos solia ser una columna tronchada, algun pedestal roto, ó algun mármol sagrado, que entivaban alguna esquina ó adornaban la humilde puerta de una choza de piedra y barro. Allí descubria una torre medio caída; mas allá veia al arado romper las tierras de los sepulcros; á este lado crecia la yerba sobre los muros, y en los escombros de mosaicos y artesonados que se escaparon al incendio de un gran palacio. Apretado su corazon de esta pena incomunicable, interrumpia su marcha no pocas veces el triste moro; y á pretesto de buscar plantas se encerraba en las ruinas, y dejaba correr sus lágrimas. Concertando despues su rostro, y embebido en su pensamiento, seguia los pasos del arriero; el cual, muy mas dichoso y ageno de cuidados, entonaba sendos romances, ó hablaba con sus mulas para animarlas y gobernarlas, ensartando motes y apodos de mucha gracia, que acostumbraban los andaluces y los murcianos. *Anda, valerosa; anda, capitana; arre, chiquita; arre, porfiada*, era el grito frecuente que les daba su conductor, con mil dichos festivos y agitanados, que agradaban sobre manera al sensible viajero, y divertian sus penas por un instante. Gustaba mucho Aben-Hamet de observar los usos y las costumbres de aquella gente vencedora, que si bien la envidiaba, no sabia aborrecerla ni despreciarla. Le llamaban la atencion los viajeros que iba encontrando, todos con la espada al cinto, embozados en sus capas, y la mitad del rostro cubierto con sus grandes sombreros gachos. Complacianle los saludos graves y respetuosos que acostumbraban á hacer aquellos caminantes, y en los cuales no distinguia mas palabras que *Dios, señor y caballero*. Cuando entraba en las posadas, se colocaba en medio de ellos, sin que nadie le importunase con preguntas ni discreciones. La nacion española es grave, y no admira ni tiene en menos. Enseñadas ademas á apreciarse y á respetarse por largo tiempo las dos naciones en la prueba de los combates, eran no menos generosas y cortesanias, llegado el caso, que terribles y valerosas en la pelea. Aben-Hamet recibia por todas partes la hospitalidad mas sincera, y sabia agradecerla. Pues que Alá habia querido que los moros de España perdiesen su hermosa patria; Aben-Hamet se resignaba como buen ismaelita, y no podia dejar de estimar á sus graves conquistadores.

Bien habia menester este noble joven su virtud toda entera para el instante, que venia cerca, de ver sus ojos al pais nativo. Era ya la por-

trer jornada , y el caer de la tarde , cuando el desprevenido moro atravesaba las austeras y peladas *lomas de Huetor* , donde tiene su humilde cuna el famoso *Darro*. Al principio de la espaciosa falda septentrional de Sierra-Nevada , y á lo largo de dos colinas que separa un profundo y ameno valle , se levanta , cual otro Olimpo , aquella antigua ciudad , siempre jóven y siempre nueva , que parece como una diosa medio dormida entre mirtos y adelfas , perfumada de azahar y lirios . Repartidos sus edificios y sus palacios por escalones , como las gradas y ventanas de un vasto circo , tiene el aire y la forma de una granada abierta , cuyo nombre y divisa lleva de muy antiguo por esta causa . Dos rios célebres , tan amigos de los amantes y de las musas , como de Cères y Pomona , *Genil* y *Darro* , regocijan y besan el pie de sus murallas ; y ofreciéndole arenas ricas de plata y oro , se juntan en sus puertas , y se estienden , y se reparten , y fecundan con cien canales un jardin de catorce leguas . Esta inmensa llanura , que domina Granada como una reina en medio de su corte , representa ella sola y vale los tributos de cien naciones . Allí campea el olivo , y refleja su verde oscuro : aquí crecen los verdes pámpanos , y los apretados racimos de mil colores se descuelgan de los paralelos abrazados con los jazmines ; allí ofrece sus callejones y laberintos la espesa selva de frutales aclimatados y recogidos de todo el mundo ; allí el lozano almendro de sus flores de lila en medio de los hielos ; aquí el fresco avellano sombrea el costado inculto de una montaña , y adereza el retrete oscuro de una fuente y una *Napea* (1) ; mas allá los naranjos y limoneros embalsaman los céfiros ; allí la altiva palma , el encendido granado , la frondosa higuera , el nogal copudo , el moral de la China , el purpúreo acerolo , el pajizo nopal , el violado azufaifo , el robusto cedro , el silencioso cipres ; y la encina mas lejos , y el abenuz y el roble que desafian á los vientos y á las tormentas en las crestas de los collados ; mas allá , hácia el poniente , el gran soto de los faisanes y los cisnes ; mas allá las campiñas ; mas allá las montañas y cordilleras , que se pierden unas tras otras en el espacio ; de aquel lado el picacho , cuyas eternas nieves dan cristalino caudal á diez y ocho rios ; de esta parte las cumbres de *Parapanda* y de *Sierra Elvira* , rival de Paros : la creacion toda entera puesta á la vista , donde la fantasia mas loca se halla vencida , y el sentido no basta á abarcar tantas sensaciones . Un cielo

(1) Ni la poesía mas espresiva , ni el paisaje mejor pintado , pueden dar la idea de la fuente llamada del *Avellano* . Los granadinos solo saben todo lo que allí se goza . La fuente de *Valcluse* seria mucho menos célebre , si la del *Avellano* hubiese tenido un poeta tan apasionado y tan sensible como el Petrarca .

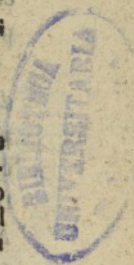
encantado, un aire puro y delicioso, un deleite esencial de vida, que se siente y que se respira como en un sueño, llena el ánimo y apacenta de gozo los corazones en aquel suelo. Las pasiones tiernas acabarían en aquel clima con las pasiones heroicas, si el amor, para ser verdadero, no tuviera necesidad de la gloria. Los granadinos fueron siempre tan sensibles como valientes y generosos.

Descendía ya el Abencerraje por la *cuesta de los Almendros*, admirando la luz inmensa de aquellos horizontes interminables, que se agrandan y multiplican á cada paso desde aquel punto. Deseaba ver á Granada antes que el sol cayese del todo, y apretando la mula la decía: *valerosa*, como su guía, y le hería los hijares, y la estrechaba como si fuera un potro de Numidia: cuando hé aquí que al volver las riendas y tomar una encrucijada, la ciudad de las mil torres (1) se presenta á sus ojos, como por máquina, toda entera. ¡Granada! gritó el conductor señalando y haciendo aplauso con su sombrero. Aben-Hamet quiere hablar y no puede; dos torrentes de lágrimas oscurecen su vista; el sol se pone, el cañon de la fortaleza anuncia el fin del día; la ciudad va á cerrarse pronto; las mulas azotadas vuelan, y en poco rato Aben-Hamet está á la *puerta de Fajalauza*. Allí soltó las riendas, cruzó los brazos, y los ojos clavados sobre la ciudad sagrada, quedó absorto y desconcertado por largo rato. El amor de la patria hierva en su corazón y centellea en sus ojos; sus miembros tiemblan, el color de su rostro cambia dos veces; sus arterias se oyen latir.

Recobrado al fin algún tanto de su primer sorpresa, como quien sale de un letargo, no muy dueño de sus ideas, habló á su guía y le dijo: «Alá te haga feliz, ó buen amigo mio; no me ocultes la verdad, porque la calma reinaba en el mar el día de tu nacimiento, y la luna comenzaba á llenar en aquella misma hora. ¿Qué torres son aquellas que brillan como estrellas por encima de aquel gran bosque?»

«La *Alhambra*, respondió el guía.

(1) El fiel historiador, Garibary, que jamás escribió de memoria, refiere que por el tiempo de la conquista tenia Granada mil y treinta torres. La mayor parte de ellas se han arruinado, y otras han sido demolidas en el espacio de tres siglos. Las pocas que quedaban en nuestro tiempo, las voló el mariscal duque de Dalmacia, en la noche de 6 de setiembre de 1812, al retirarse de su ejército. La *Alcazaba*, el *Generalife* y la *Casa Real* subsisten todavía. El general Sebastiani, á quien Granada es deudora de un puente y un teatro, hizo además reparar la Casa Real que comenzaba á hundirse. Dentro de poco tiempo solo la litografía podrá trasmitir á la posteridad las singulares y rarísimas bellezas de este gran monumento arábigo del siglo xiv, único en Europa, que no tardará, según se halla abandonado, en caerse á pedazos.



«¿Qué edificio es aquel, dijo que fortaleza, y preguntó Aben-Hamet, cuyos altísimos adarves veo coronados de pensiles y de largas hileras de cipréses que se levantan hasta el cielo?»

«La *Alcazaba*, respondió el arriero. En ese mismo lugar había un templo mas antiguo que los judíos, que los romanos y que los moros.

«¿Y aquel otro palacio mas alto que la Alhambra, en aquella última colina?» preguntó Aben-Amet.

«Ese es el *Generalife*, respondió el español. En ese palacio hay un jardín plantado de laureles y de mirtos, donde dicen que encontraron al Abencerrage Aben-Hamet con la Reina Sultana. Aquí, todo seguido por nuestra izquierda, va el *Albaicín*: allí, frente de nosotros, las primeras son las *Torres Bermejas*».

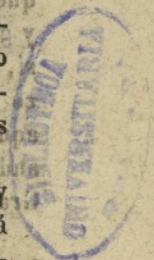
Cada palabra del guía traspasaba el corazón de Aben-Hamet. «¿Qué género de tormento es este, decía entre sí, de tener que preguntar á los estranjeros para aprender á conocer la casa de sus padres, y el escuchar de boca de personas indiferentes la historia de su propia familia desterrada y proscrita!» Aun mas quisiera preguntar, sin que acertase á moverse ni diese trazas de andar; cuando el guía penetrando la causa de su dolor, acudió á consolarle á su modo, y le dijo: «Vamos, señor moro, vamos: Dios lo ha dispuesto asi, tome vuesa merced aliento. ¿No está hoy prisionero en Madrid el mismo rey de Francia Francisco I? Dios lo ha dispuesto.» Aben-Hamet levantó entonces los ojos al cielo, é inclinó despues la cabeza con religioso acatamiento, pronunció gravemente estas solas palabras: *Estaba escrito*. (1) «Dios es padre de todos», añadió el arriero; y quitándose el sombrero, santiguóse con reverencia, crugió el látigo y bajaron la postrer cuesta.

Desde allí dieron la vuelta á la *Alameda*, y atravesando el *Campo del Triunfo* y tomando por la calle de *Elvira* y el *Zacatín*, llegaron á la plaza de *Vizarrambra*. En un lado de aquel gran cuadrilongo de palacios y edificios morunos está la *Alcaicería*, donde acudian los moros que traficaban en el vasto comercio de las sedas que producian la vega y las Alpujarras, Aben-Amet recibió la hospitalidad en un salon bajo de aquel antiguo kan, cuyos maltratados muros daban aun muestra del antiguo esplendor del comercio árabe. Los demas moros que allí habian eran gente de lonja y codiciosos mercaderes, de aquellos que no esti-

(1) Represen que los musulmanes tienen siempre en la boca para casi todos los sucesos importantes de la vida.

man sino el dinero, y cuya sola patria son los mercados. No encontrando con quien franquearse, y cediendo á los movimientos que agitaban su corazon, salió en medio de la noche á vagar y andar solo por las calles desconocidas de la ciudad. Deseaba recorrer por su propio instinto algunos de aquellos monumentos que los viejos de su colonia le habian pintado tan vivamente. «Tal vez, decia entre sí, aquel alto edificio de almenas anchas coronado de obuses que comienza á alumbrar la luna, fue la gran casa fuerte de mi familia. Aquí en esta misma plaza, al presente tan solitaria, se celebraban aquellas grandes fiestas de amor y guerra, adonde acudian en tropa adalides y caballeros de todo el mundo. Por aquí paseaban y hacian vistosos juegos cien cuadrillas de campeones, vestidos de brocado, mas altivos que los leones, mas valientes que los leopardos, y mas dulces que las palomas: por aquí eran traídas y daban vuelta aquellas ricas galeras, cargadas de armas y flores, y aquellos carros triunfales donde se alzaba el trono de los amores y colgaban las divas moras la corona del vencedor. Por aquellas esquinas se avanzaban los dragones de fuego, que desechos en llamas vomitaban con horrible estampido, entre luces y estrellas resplandecientes, al caballero armado que encerraban en sus hijares. ¿Qué se han hecho tantos placeres y galardones de los valientes? En vez del son de los dulces anafiles del bramido de las trompetas y de tantos himnos de amor, el silencio profundo de la esclavitud ha hecho mudo este antiguo campo de las lides y las delicias. ¡Aquí duermen, sí, esos fieros españoles en los lechos de los vencidos, y reposan tranquilos y seguros bajo los altos techos de mis abuelos! Y yo, ¡grande Alá! peregrino en mi misma patria, velo y vago por las calles, solo, desconocido y desamparado, á las mismas puertas de mis hogares. ¡Qué es el poder, ni la gloria, ni la fortuna, ni qué son los imperios! ¡Qué fue de ti, Granada, cuando en medio de tus fiestas, y en el colmo de tu opulencia, cayó sobre ti el enemigo y trocaste en cadenas tus guirnaldas de flores! Tu alegría se acabó como la alegría de un festin donde prende un incendio, y huyen y se dispersan los convidados, y abandonan entre las llamas sus adornos y sus preseas.»

Así hablaba consigo mismo el acongojado moro, discurrendo y pensando trazas para llevar á cabo el proyecto que le habia traído á Granada, cuando el alba empezó á mostrarse y se halló perdido, sin saber donde, donde, lejos del kan. Todo estaba en descanso: por ninguna calle se sentia el menor ruido; las puertas y ventanas de las casas



estaban todas cerradas: solamente la voz del gallo, anunciaba en la habitacion del pobre la pronta vuelta de las penas y de los trabajos.

Despues de haber errado largo trecho sin poder encontrar la plaza, principió á sonar la campana de una iglesia no muy distante, y á muy poco se abrió la puerta de un palacio, que era el mismo solar antiguo de los abencerrajes. Aben-Hamet lo ignoraba, y tal vez le hubiera conocido por las señas que le habian dado los de su tribu, si otro objeto mucho mas nuevo para él y mas interesante, no le llamára la atencion. Al abrirse la puerta salió una jóven española de gentil talle, parecida en su talle y en su tarage á aquellas reinas godas que se ven todavia esculpidas en los pórticos y capillas de los antiguos monasterios. El vestido todo negro de riquísima seda de levante, guardado de blondas y azabache, se ajustaba como un anillo á su esbelta cintura, y dejaba ver su elegante paso y un pie lindísimo. Una mantilla trasparente, de gasas y encages negros, cubria cabeza y rostro de la española, y bajaba hasta el pecho en dos bandas cruzadas, recogido el embozo en la mano izquierda, con gracioso donaire y ajustado como la toca de las vestales. Y si bien iba el rostro envuelto en el cendal finísimo, resplandecian entre las mallas, como luceros sobre color de aurora, sus dos hermosos ojos; y mostrábase al traves de ellas el carmin puro de su boca, trazada y hecha para el amor. En aquella misma mano de marfil torneado se enredaba y pendia un rosario de oro afligranado, con las cuentas de ricas perlas; y en la diestra llevaba y jugaba con magestad y gracia un precioso abanico. Como un paso delante de ella caminaba un mayordomo, sombrero en mano, con el libro de iglesia; poco detrás seguía una dueña, y luego dos escuderos con libreas blancas y encarnadas.

Aben-Hamet creyó ver al Angel Israel ó á la mas jóven de las Huries. La española, no menos sorprendida, fijó los ojos en el moro, que cierto era bien digno de escitar la atencion, por su hermosa figura y gallarda presencia, que realizaban sus armas y su ropaje. Vuelta en sí, y mas curiosa que prudente, hizo señal al extranjero con su abanico que se acercase, y levantando el velo, y dirigiéndole su voz con aquella gracia y aquella noble franqueza que es propia de las damas andaluzas, « señor moro, le dijo, vuesa merced parece recién llegado á Granada y no sabe tal vez las calles. »

« *Sultana de las flores*, respondió Aben-Hamet, delicia de los ojos de los hombres, esclava cristiana, mas hermosa que las virgenes de la Georgia, tu lo has acertado. Extranjero soy, y ando ya mucho rato

perdido sin poder hallar el kan de los moros. Mahoma toque tu corazón y te recompense tu hospitalidad.

»Los moros tienen fama de galanteadores, respondió la española con jovial sonrisa; pero ni yo soy *sultana de flores*, ni esclava, ni me gusta que me encomienden á Mahoma. Yo tengo que pasar por el kan de los moros; tomaos si quereis la pena de seguirme, y os le haré ver.»

La española siguió delante, y cruzando y atravesando un largo laberinto de callejuelas salió á la plaza; y llegando á la puerta del kan, la mostró al moro con la mano, y traspuso por una esquina del edificio.

«De qué poco pende el reposo de la vida! No es ya solo la patria la que ocupa el alma de Aben-Hamet, y Granada no es ya á sus ojos una ciudad desierta y desamparada. La ciudad le es mas grata; otro prestigio nuevo hermosea sus ruinas; al recuerdo de sus abuelos, se añade ahora otro encanto mas. Aben-Hamet ha visitado ya los sepulcros de los abencerrages; pero al orar prostrado sobre los negros jaspés, y al regarlos con tiernas lágrimas, se consuela porque imagina que la bella española habrá pasado algunas veces por entre las tumbas. El amor es incomprendible; todos los sentimientos se le someten; todas las demás penas se subordinan á su ilusion.

Vanos son los propósitos que mil veces renueva, y otras tantas quebranta, de ocuparse del solo objeto que le ha traído peregrinando; vanos son los viajes que hace cada mañana, buscando plantas en los ribazos y costaneras de los dos rios. La sola flor que él ama, y que no encuentra en ninguna parte, es la bella cristiana. ¡Cuántos pasos inútiles lleva dados por allanar aquel palacio de cuyas puertas la vió salir compañera del alba, y mucho mas hermosa y resplandeciente que el lucero de la mañana! ¿Por qué lado del cielo sale ó se pone su luz divina? ¿Qué de veces ha creído oír el sonido de aquella campana; y el canto de aquel gallo que oyó junto á los muros donde ella mora! ¿Cuántas veces los ha seguido y ha corrido desatinado barrios enteros sin hallar el palacio mágico! Enemigo de darse al público, Aben-Hamet habia recorrido ya sin embargo todos los paseos y los sitios mas frecuentados por encontrarla. Un dia que creyó verla en la puerta de los *sepulcros de Fernando é Isabel*, dobló su orgullo al amor, y se mezcló en la turba de forasteros cristianos que visitan aquel lugar; pero no era ella. Sus deseos y sus ojos le engañaban á cada instante: á lo lejos, todas las cristianas, por la uniformidad de su traje, semejaban en

alguna cosa al dueño de su albedrío; desde cerca ninguna le parecía. Mientras mas dias pasaban, mas crecia este delirio amante de Aben-Hamet. Tiene el corazón una época, una ocasión y un momento indefinible, en que nace y se desarrolla el primer amor; ninguna fuerza humana le desaloja; persevera toda la vida, se hace sentir en la vejez, y no muere jamás del todo. Aben-Hamet no habia amado nunca: la primera esperiencia era un grande imposible, como sucede casi siempre. El amor no se informa, ni calcula el lugar, ni el tiempo, ni las personas.

Apenado de esta manera, herborizaba el moro una tarde en las amenas angosturas del Darro; y harto ya de si mismo, sin poder soportarse, se sentó en una isleta resguardada contra las aguas por un peñasco y afianzada por las raíces de un olmo antiguo de cien años que le hacia sombra. Contemporáneo de sus padres y sus abuelos, parecia alli aquel árbol á Aben-Hamet la vigia de los siglos, ó la atalaya inmóvil de la esperrnza. Desde aquel lugar solitario se descubria el costado del mediodia, sobre cuya altísima cima imponian un respeto religioso las torres de la Alhambra. La colina del norte presentaba del otro lado los palacios y la muralla de Albaicin: al pie de ella se veian los huertos, las casas rústicas, y las largas filas de cuevas cercadas de nopales, en donde habita un pueblo numeroso. En la parte occidental de aquel valle, se descubria la ciudad y aparecian los campanarios, los chapiteles y las cúpulas de las iglesias, los remates de los palacios, los laureles y los cipreses de los jardines, y las parras y cobertizos de jazmines y de arráyanes que coronaban los terrados. Al oriente, en el otro extremo, encontraba la vista rocas inaccesibles, tajos profundos, conventos, ermitas, ruinas antiguas, y espaciosos bosques que suben á lo largo, y se pierden entre las nieves, hasta las altas cumbres del *Veleta*. Por enmedio de este apacible valle corria el Darro á sus pies con agradable susurro, convidando á los ojos y al corazón los deliciosos *Cármenes* (1) de sus dos embelesadas riberas:

(1) Verdaderamente no hay pluma ni pincel que pueda retratar al vivo la belleza tan variada y tan natural que ofrecen los jardines del Darro, á los cuales llaman *Cármenes* los naturales por alusion al monte Carmelo. Cuando se lee lo que cuentan de ellos las historias del pais, se piensa que son fábulas, mas no llegando á verlos, causa admiracion encontrar una realidad superior á todos los colores de la poesia. Baste decir que el último remedio de muchos enfermos desahuciados, son aquellos deleitosos retiros. Respirase alli un aire eminentemente vital; y el corazón recobra sus fuerzas entre aquellos verdaderos placeres simples y naturales, para los cuales fue hecho. Los habitantes de aquellas riberas suelen contar hasta cien años de vida,

soledad deleitable, que no pone grima; verdaderos ermitorios de los placeres; último asilo de la cansada vida; jardín eterno: muestras, ruinas, vestigios que aun nos quedan del Paraíso en muy pocos lugares privilegiados sobre la tierra.

Aben-Hamet se rindió al sueño en aquel parage encantado, ó cedió mas bien á la fuerza de un desvarío profundo que ganó sus sentidos y dió suelta á la fantasía. Aben-Hamet se hallaba solo en un nuevo *Eden*, y soñaba á su compañera. ¡Qué ilusion! ¡Qué misterios y qué enigmas del corazón! Veíala en sueños por la primera vez, y la veía en diversos lugares y en diferentes apariencias, á cual mas noble, á cual mas atractiva y afectuosa; pero siempre á lo lejos, pero siempre como una sombra, ó en el cabo de una montaña, ó al través de los árboles, ó debajo de un rio en lo mas hondo, como una luz incierta que reflejan las ondas en medio de la noche. Mil veces se le muestra de estos modos incomprensibles aquella imagen adorada, y otras tantas se pierde en la oscuridad. Quiere andar y correr tras ella, y no puede; quiere llamarla, y no sabe su nombre; sus labios se mueven y no pueden articular sino acentos y voces interrumpidas; otra vez vuelve á verla muy mas cerca; Aben-Hamet tiende sus brazos, y casi asido de ella se le escapaba; brilla un relámpago, y ¡aparece el desierto! La terrible congoja que oprimia su pecho, le apretaba ya á punto de muerte, cuando los ecos de una música militar, mezclados á una grande algazara, sacudieron aquella horrorosa pesadilla, y deshicieron la fatal ilusion con una realidad mas dichosa. El congojoso abencerrage despierta trémulo, y volviendo la vista hácia el lugar donde se oía el clamor de gente y el resonar de los instrumentos, descubre á lo lejos el confuso bullicio del pueblo que atravesaba una alameda, y le parece divisar libreas blancas y encarnadas. Pronto el corazón lleno de esperanza y de amor, vuela en busca de aquella larga comitiva, y traspone por las veredas y los parrales de la derecha.

Era el dia del cumpleaños de D. Rodrigo de Vibar, duque de Santa Fe, uno de los caballeros mas nobles y mas amables que se habian establecido y fincado en Granada despues de la conquista. Descendia de la antigua familia del famoso Gid Ruy-Diaz de Vibar, y de Doña Ximena, hija del conde Gomez de Gomar. La posteridad del vencedor de la hermosa Valencia habia caido por la ingratitud de la corte de Castilla en una suma pobreza; á tal grado y á tal punto de oscuridad, que llegó á creerse, durante algunos siglos, que se habia

estinguído del todo. Pero en el tiempo de la guerra de Granada, que duró muchos años, uno de los últimos descendientes de aquel héroe se hizo reconocer, mucho mas que por sus títulos, por su valor y sus grandes hazañas. Espulsados los infieles, dióle Fernando *El Católico* las propiedades de muchas familias moras, y le creó duque de Santa Fe. El nuevo duque murió poco tiempo despues, sin mas hijo que don Rodrigo, casado con Doña Teresa de Jerez, de cuyo matrimonio no alcanzó á conocer mas que á su nieto D. Carlos.

Tanto como D. Rodrigo era afable, indulgente y obsequioso, otro tanto tenia de rígido y austero el carácter de D. Carlos. Nacido en medio de la guerra, y testigo desde pequeño de tan graves y diversos sucesos como habia ofrecido aquella lucha sangrienta, su corazón no habia conocido las dulzuras ni los juegos de la niñez. A los quince años de edad siguió luego á Cortés en Méjico, y arrojó á su lado y presenció con él todos los horrores de aquella expedición asombrosa, encontrándose en la caída del último rey de aquel imperio desconocido. Tres años despues de tan grande catástrofe, vuelto á España, se habia encontrado en la famosa *batalla de Pavia* (1), como para ver tambien el honor y el valor sucumbir á los golpes de la fortuna. El aspecto medio salvaje del Nuevo-Mundo, los largos viajes por aquellos mares ignorados, el vario espectáculo de tan graves acontecimientos y vicisitudes de la suerte, habian conmovido fuertemente la imaginación religiosa y melancólica de D. Carlos, y fueron parte para hacerle entrar en la orden de caballería de Calatrava, decidido á no casarse jamás, y resuelto á dejar toda su sucesión á su hermana.

Doña Blanca Tomasa de Vibar, hermana única de D. Carlos, y mucho mas jóven, era el idolo de su padre, viudo ya de largo tiempo. Esta mujer singular tenia á penas diez y ocho años, y reunia todas las gracias de su sexo á un corazón generoso, y á una alma noble y comunicable, que simpatizaba en gran manera con el genio franco, liberal y garboso de D. Rodrigo. La alegría y la vida estaban de asiento en sus hermosos ojos negros rasgados, cuya candorosa dulzura realzaban con soberana magestad sus luengas y pobladas pestañas. Su

(1) Se dió el 24 de marzo de 1525, y la ganaron los españoles, mandados por el célebre marqués de Pescara Hernando Dávalos. El rey Francisco I de Francia, que mandaba los franceses, fue hecho prisionero con grande estrago de su gente, y conducido á Madrid. En 1808 aun se veia en la armería real la espada de dicho rey, como testimonio indeleble del valor de los españoles en aquella jornada memorable: este monumento desapareció en la guerra de la independencia.

frente espaciosa y tersa, parecia el casco de Minerva; el cabello era negro como sus ojos; las cejas apartadas y derechas; la nariz justa y simétrica. Una sonrisa natural, muestra segura del corazon sano y sensible, partia de continuo sus bellos labios de coral; y las gracias todas, se anidaban en dos lindos hoyuelos, grabados de mano de amor, sobre la blanda tez de sus megillas. La talla mediana; la garganta como una columna de alabastro: sus contornos y sus formas parecian dibujadas; el andar gentil sin melindre, la viveza andaluza, el talante de una princesa. Los prestigios del arte correspondian á la belleza de esta ilustre granadina: su educacion y sus gustos tenian alguna cosa de los tiempos heróicos. Era diestra en pulsar un laud; su cantar arrobaba el alma; la ligereza de su baile vencía á los céfiros. Con las riendas en la mano sabia dirigir un carro como Armida: sobre el lomo de un caballo andaluz, volaba como aquellas hadas prodigiosas que se aparecian á Tristan y á Galaor en las selvas. En Atenas hubiera podido pasar por otra Aspasia, y en en Paris la hubieran tenido por Diana de Poitiers cuando comenzó á brillar en la córte. Buena gracia, buena razon en cualquiera propósito: el ingenio y los atractivos de una francesa; las pasiones de una española. Empero la viveza y la ingenuidad de su corazon no dañaban á su recato, ni se oponian en nada á la fuerza, ni á la seguridad, ni á la constancia, ni á la lealtad de sus sentimientos. Adornada de tantas prendas, vivia no obstante retirada, sin conocer mas cariño que el de su padre, ni admitir otro trato que el de algunas señoras amigas y deudas suyas. Acompañábanla este dia las mas intimas y queridas, y ayudábanla á festejarle en honor de un padre, cuya vida se prolongaba en el dulce goce de sus gracias y sus virtudes.

No se tardó muchó Aben-Hamet en llegar hasta las puertas del delicioso cármén de D. Rodrigo, donde habia un gran bullicio y se preparaba un baile campestre. Deseaba entrar el abencerrage y buscar con sus ojos aquel objeto anhelado que le traía tantos dias sin juicio; pero no conocia á nadie ni descubria en parte alguna los criados cuyas libreas estaba cierto haber visto. Resolvióse, pues, á penetrar con los demas curiosos en los jardines y paseos mas cercanos al edificio, de donde descubrió á lo lejos una grande rotunda de laureles y un hermoso camino cerrado de cipreses y arrayanes, que formaba mil laberintos y vistosas encrucijadas, adornadas de adelfas, de gayombas y de rosales. El instinto del amor le guiaba y no podia perderse. Aben-Hamet se dejó ir al acaso, y al doblar una estremidad de

aquellas espesas enramadas, oyó sonar una guitarra dulcemente pulsada, y percibió los ecos de una voz sobrehumana. Entre la voz, las facciones y las miradas de una muger hay sensaciones que se enlazan y un cierto arcano que no engaña jamás á un amante. «Mi Huri es!» dijo Aben-Hamet, y acercándose mas y poniendo el oído, escucha palpitándole el corazon. Al nombre de los abencerrages le latia el corazon con mas fuerza. Cantaba la bella incógnita el siguiente

ROMANCE MORISCO:

Con mas de treinta en cuadrilla,
hidalgos abencerrages,
sale el valeroso Muza
á Vivarrambra una tarde,

Por mandado de su rey,
á jugar cañas, y sale
de blanco, azul y pajizo,
con encarnados plumages;

Y para que se conozcan,
en cada adarga un plumage,
acostumbrada divisa
de moros abencerrages;

Con un letrado que dice:
«Abencerrages levanten
hoy sus plumas hasta el cielo,
pues de ellas visten las aves.»

Y en otra cuadrilla vienen
atravesando una calle,
los valerosos zegríes,
con libreas muy galanes:

Todos de morado y verde;
marlotas y capellares,
con mil jaqueles gualdados;
de plata los acicales;

Sobre yeguas bayas todos,
hermosas, ricas, pujantes;
por divisa en las adargas
unos sangrientos alfanges

Con una letra que dice :

«No quiere Alá se levanten,
sino que caigan en tierra
con el acero tajante.

Apercíbense de cañas,
el juego va muy pujante;
mas por industria del rey
no se revuelven ni hacen;

Porque traen los zegríes
contra los abencerrages
un concierto de villanos,
y así incierto les sale.

Aben-Hamet no puede vencer su agitacion, y saltando para oír mejor por cima de un vallado, junto á una puerta oculta de la rotunda, se halló dentro imprevisadamente, y no poco desconcertado y confuso. La presencia del moro asombró á las damas que allí habia y las hizo escapar despavoridas. Pero doña Blanca que era la que cantaba y que aun tenia la guitarra en la mano, le reconoce, y riendo y llamando á sus compañesas, dijo: «¡Es el señor moro!»

«Favorita de los Genios, exclamó el abencerrage: como el árabe busca una fuente en el ardor del medio día, así te buscaba yo. El sonido de tu vihuela me atrajo: estabas celebrando los héroes de mi país, te conocí en la dulzura de tus acentos, y te traigo á tus pies el corazón de Aben-Hamet.»

»Y yo tambien, respondió Doña Blanca, estaba pensando en usted mientras repetia el romance de los abencerrages. Desde aquel día que os vi se me puso en la cabeza que esos caballeros moros se os debian de parecer.» Al decir estas palabras, un ligero rubor encendió su frente y la obligó á apartar sus ojos de Aben-Hamet. No le faltó mucho á este para echarse á sus pies y declararse y decirle que era el último abencerrage. Pero temió que su nombre y la calidad de su linage inspirase desconfianza al gobernador de Granada. No le acobardaba por cierto ningún peligro, ni Aben-Hamet conocia el miedo ni el disimulo, pero temia perder la dicha que acababa de hallar, si el gobierno, mal seguro todavia de su conquista, le quisiese obligar á salir y alejarse de la ciudad.

A las voces que habian dado las amigas de Doña Blanca, que aun andaban escondidas, acudió D. Rodrigo, á quien ella dijo al instan-

te: «Padre, ved aquí al señor moro de quien yo os habia hablado; pasaba por aquí, me oyó cantar, conocióme, y ha entrado á darme gracias porque le enseñé el camino del kan.» El duque de Santa Fe recibió á Aben-Hamet con aquella cortesía mezclada de franqueza y de gravedad que acostumbran los españoles. No se notan en esta nacion ni aquel aire servil, ni aquellas espresiones que anuncian la poquedad del alma ó la abyeccion de un sugeto. El lenguaje de un poderoso y el de un pobre paisano, tienen cierta semejanza: su manera de saludar, todos sus cumplimientos y sus modales son mas uniformes, mas corteses y mas sinceros que en los otros paises. Con los extranjeros no tiene limites ni la generosidad ni la confianza de un español; pero su venganza es terrible si se abusa de su amistad y se ve vendido. Su valor es heróico, su constancia invencible, su paciencia durisima. Para luchar con la fortuna no hay otro: incapaz de ceder á sus golpes, ó la vence ó muere en la demanda. De ordinario se halla poca instruccion en los españoles; pero tienen ingenio, y la fuerza de las pasiones suple en ellos aquella luz que procede de la abundancia y fuerza de las ideas. Un español que se suele pasar sin hablar palabra un dia entero, que no ha visto nada ni se cuida de ver cosa alguna; que no ha leído, ni estudiado, ni comparado ninguna cosa, no se halla atado ni indeciso en ningun accidente de la vida. Su corazon hace las veces del pensamiento. Si le oprime la adversidad, la grandeza de sus resoluciones le ofrece la salida, y el instinto de la virtud le abre un campo de gloria. La esperanza del español jamás muere.

El duque de Santa Fe convidó á Aben-Hamet á sentarse con las señoras, que habian vuelto y se hallaban ya recobradas de su sorpresa. Dióse órden que le pusiesen cogines de terciopelo; sobre ellos tomó asiento al estilo de su nacion. Preguntábanle todas, á cual mas, acerca de su pais, su viage y sus aventuras; respondiales el moro con despejo y con mucho ingenio. Sabia el español y le hablaba con tanta limpieza, que se le habria podido equivocar con los naturales, si en lugar del tratamiento de *usted* ó *vos* que usan los castellanos, no les digese á todos de *tú* como estilan los árabes. Esta palabra tenia en su boca tanta gracia y dulzura, que sentia Blanca en su corazon, sin poder remediarlo, cierta especie de despecho cada vez que el Abencerrage tuteaba á las otras amigas suyas. En la lengua española dice mas bien que en ninguna otra este tierno pronombre del amor y de la amistad.

7
D
fresc
quisi
y los
espo
los m
que
ces e
no lo
alaro
sistia
com
amig
le y
nadi
ento
le to
mas
de co
zas o
U
la gu
la m
ras o
cios
el pl
mov
tand
90
(1)
ñol,
se us
mode
y dec
clase
 públ
esta
cienc
sent
creer
Espa
siem

Luego que hubo anochecido , parecieron varios criados con el refresco al uso del pais. Sirviéronse con abundancia ricos helados , esquisitos almibares, confituras, chocolate, bizcochos de muchos géneros, y los tiernos azucarillos, blancos como la nieve, porosos y ligeros como esponjas. Acabado el refresco, y siguiendo todavía la conversacion de los moros, y de sus gustos y costumbres, le pidieron todas á Blanca que bailase alguna de aquellas danzas morunas que se hallaban entonces en voga. Sobresalian en este baile las gitanas del pais: la etiqueta no lo permitia á las clases altas ; empero se bailaba algunas veces por alarde ó por gusto entre las señoras, cuando estaban en confianza. Resistíase mucho Blanca esta vez á causa del moro. Nadie deseaba tanto como este que cediese su bella Uri á las porfiadas instancias de sus amigos, y si bien no osaba á mezclar con ellas sus ruegos, su semblante y sus ojos pedian por él. «Es mi dia, dijo en esto el duque, y no hay nadie de cumplimento ; no les niegues ese placer (1).» Cedió Blanca entonces, y besándole la mano salió en medio del cespéd, y eligió que le tocasen la *Jaira*, donoso baile morisco de mucha gala y maestría, ó mas bien una nueva mezcla de *Jácaras* morunas, y de *Jotas* españolas, de compases vivisimos y de grande espresion, como casi todas las danzas de los pueblos del mediodia.

Una de sus mas lindas amigas comenzó luego á sonar la *Zambra* en la guitarra. La hija de Don Rodrigo se quitó las gasas del tocado, soltó la manteleta, y ensayó con mil gracias en sus pulidas manos las sonoras castañuelas de ébano. Sus cabellos negros descendian de mil graciosos anillos sobre el enhiesto cuello de nacar ; sus ojos se reaniman, el placer brilla en su semblante, sus encantos se multiplican ; todos sus movimientos y sus miradas parten del corazon. Vedla, pues, que agitando el ruidoso ébano con redobles continuados, marca el compas,

(1) Este genero de bailes, los unos españoles, y los otros mistos de español, de arábigo, de gitano, y aun de alguna cosa tambien de las Américas, no se usan de ordinario sino entre las clases comunes del pueblo ; y en los tiempos modernos se suelen usar tambien en los teatros. Pero la etiqueta, la severidad y decencia de las costumbres españolas, lo impedia y lo impide todavía á las clases altas, y en general á toda la gente que se llama *de forma*, á lo menos en público. Nuestro autor no ha querido sin duda dejar pasar la ocasion de ofrecer esta muestra característica del gusto y de la viveza del pueblo español ; pero haciendo bailar de esta suerte á una señora de primera clase, era necesario presentar esta incidencia como lo hemos hecho, de modo que no se diese lugar á creer que la lubricidad y la desenvoltura, hiciesen parte de las costumbres de España, y mucho menos de las *antiguas fемbras españolas*, cuyo recato será siempre el modelo de la mas delicada y rígida honestidad,

entona el canto de la *Zambra*, une su voz á la guitarra, y se tira, y parte como un relámpago.

¡Qué variedad en sus pasos! ¡Qué elegancia en sus movimientos! ¡Qué espresion en sus posturas! No hay palabras ni hay modos, en no viéndola, para dar la idea de sus brazos; ya sea que los levante, y que dulcemente los tire como quien convida al brazo; ya sea que los baje, y con amoroso desmayo los haga caer blandamente en el delicioso regazo. Tan pronto se arroja en medio como embriagada de placer y contento, y tan pronto se aparta como oprimida de dolor; tan pronto vuelve la cabeza y parece llamar á alguno que está invisible, ofreciéndole su megilla; tan pronto se retira como corrida, y retorna luego á la arena consolada y brillante: toma brio poco á poco, marcha y sigue á lo largo zapateando y marcando un compas guerrero: triunfa, brilla, pierde el sentido; y arrobada de gozo, salta, vuela, treza, cierra, redobla y gira de mil maneras sobre la yerba. La armonia de sus pasos, de sus cantos, y del sonido de la guitarra, es perfecta. La voz de Blanca, un poco parda, tenia aquel género de acento que remueve las cuerdas del corazón y resuena hasta el fondo del alma. La música española, compuesta toda de suspiros, de arranques vivos, de gemidos de dolor, y de gritos de gozo, ofrece una mezcla singular de alegría, y de amorosa y deleitable tristeza. ¡Pobre Aben-Hamet! Esta música y esta danza fijaron para siempre tus designios.

Algunas de las demas señoras cantaron despues diferentes tonadas españolas, dando fin con un brillante cuarteto italiano, cuya parte principal hacia Doña Blanca. ¡Nuevas sensaciones, nuevos prodigios de ternura y de amor para el sensible Abencerrage! Los acentos italianos en la boca de Blanca, le hicieron sentir nuevos golpes, y acabaron de remachar los clavos que taladraban su corazon.

Haciase ya tarde, y era menester volver á Granada. ¡Qué breves fueron aquellas horas para Aben-Hamet! ¡Y qué dura cosa tener que separarse de la hermosa Cristiana! Juntos bajaron todo el largo camino del Darro. Doña Blanca le preguntó si perderia de nuevo el camino del kan. Don Rodrigo, prendado de las nobles y cortesanias maneras del moro, le ofreció su casa y le exigió promesa de venir con frecuencia, y enseñar á su hija, si ella fuese gustosa, la lengua arábica, de la cual tenia ya algunos principios. Su hermano Don Carlos, que poseia tambien aquel idioma, le habia dado las primeras lecciones; pero su larga ausencia en la guerra y negocios de estado, le habia impedido continuarlas. Doña Blanca se alegró mucho de esta ocasion, y el cielo todo

se abrió para Aben-Hamet, viendo cumplidos sus deseos tan por cima de su esperanza. Jamás hubo en el mundo un maestro mas exacto. El discreto moro no perdió un solo día, y la ilustre discípula tardó poco en hablar arábigo.

No creyo Blanca en un principio que ni siquiera por asomo fuese posible encontrar peligro en el trato de Aben-Hamet. Amar á un infiel, á un moro, á un extranjero desconocido, parecia una cosa tan agena de sus ideas, que no tomó precaucion alguna contra el mal que sin conocerlo se introducía en sus entrañas. Tenia tristezas, inquietudes, desvelos, congojas y desbaratos de espíritu que le eran del todo nuevos; porque nunca habia amado, y no se hallaba nada experimentada en estas pruebas. La presencia de Aben-Hamet la curaba de estos dolores: en su ausencia volvian mas fuertes. Semejante cariño le parecia un desvario. Pero lo siente al fin, y lo reconoce harto tarde; lucha, prueba á vencerse, gime, sondea su corazon y trabaja por reducirle; mas hallándole inexorable, se resigna y acepta el mal como buena española. Un abismo de peligros y de pesares se abre á sus ojos; pero Blanca no retrocede. Su propósito está formado, y se dice á sí misma: *Que Aben-Hamet se haga cristiano, y si me ama, soy suya y le sigo al cabo del mundo.*

Tambien luchaba el Abencerrage: no con el amor, que harto preso y encadenado le tenia, sino con su suerte, con su rara situacion, y con su esperanza casi imposible. Dos religiones enemigas, dos naciones rivales, el orgullo español, la fiereza africana, la posición de su familia, la sangre real que corre en sus venas inútilmente, el temor casi cierto de ser rehusado, ¡cuántos géneros de tormento! ¡Qué contraste de circunstancias tan complicadas! Pero el amor no cede, puesto en la arena; los obstáculos son el cebo que mas le irrita: nada le empeña tanto sino aquello que siendo grande y desmesurado, pide esfuerzos extraordinarios. *Si ella me ama y se hace mora*, decia Aben-Hamet, *soy su esclavo toda mi vida.*

Decididos de esta manera los dos amantes, y atrincherados en su inmutable resolucion, espíaban cada cual de su parte el momento de mostrarse su corazon. Eran entonces los mejores días de la primavera. «Aun no habeis visto el palacio de la Alhambra, le dijo Blanca una mañana, y á lo que he podido inferir de algunas palabras que se os han escapado, vuestra familia es oriunda de Granada. Quizá deseais visitar la mansion antigua de vuestros reyes: si os agrada, iremos esta tarde.»

Aben-Hamet juró por el profeta que jamás ningun paseo podria serle mas agradable.

Concertada la hora y llegada la tarde, pareció el abencerrage á las puertas del duque en un lindo caballo overo, enjaezado y apuesto á la turquesa, de estremada gala. La hija de D. Rodrigo montó una yegua blanca como la nieve, y avezada á trepar las rocas como una corza. Llevaba la hermosa española un rico traje de campaña á la *Isabela*, de brocado celeste con recamos de plata, trazado con gran concierto. El collar y las arracadas de perlas y rubies, el tocado galan, el cabello recogido con un lazo de diamantes abrillantados, coronado de plumas blancas. Iba el moro vestido de hermosa tela de oro leonado; marlota y capellar de mucho lujo, con riquisima pedreria; la faja de púrpura con vistosos flecos y caireles de cambiantes; el bonete turquí de color de amaranto, y el penacho azul y blanco, prendido con una gran piocha de esmeraldas. Las armas y el gallardo continente de Aben-Hamet, eran cosa de admirar. Seguian detrás con soberbias libreas y arreos, todos á caballo, el picador de don Rodrigo, el montero mayor, dos escuderos y un volante. Cuando subian la cuesta y atravesaban el ameno y frondoso parque que rodea á la fortaleza, la brillante pareja se hacia ver á lo lejos como los personajes de algun cuadro historiado de Rafael, ó de un rico paisaje de Waudik ó de Rubens. Por donde quiera que pasaban iban arrebatando las miradas del pueblo. Las mujeres enamoradas de la gentil preseneia del moro, solian decir: *Dios le bendiga y le traiga al gremio de la iglesia. Doña Blanca va á convertir á este infiel.*

Poco tiempo tardaron en llegar á la puerta principal del alcázar, llamada en otro tiempo *Puerta del Juicio*, porque en ella solian sentarse los reyes moros á hacer justicia, segun la inmemorial usanza de los pueblos de oriente. Era de ver aquel magnifico baluarte, flanqueado por todas partes de altísimas torres, y la larga y anchurosa muralla que corria de entrambos lados, coronada de culebrinas entre floridos pensiles y robustos merlones, labrados al gusto arábigo. Aqui estaban los honrados inválidos españoles y flamencos, con sus viejos y gloriosos uniformes, cubierto el rostro de venerables cicatrices, silenciosos y graves como las ruinas de un gran templo que aun se tienen de pie derecho. A estos valientes veteranos, tantas veces probados en los dos mundos, estaba fiada aquella famosa fortaleza de la edad media, cuya guardia montaban ellos solos, y á cuya entrada pedian limosna para el modesto altar que levantáran ellos mismos en aquel sitio en honor

de la Santa Virgen compañera de sus peligros (1). Delante de él mantenian noche y dia con religioso cuidado la luz en una humilde lámpara de cobre, verdadero simbolo misterioso de la esperanza de otra vida mas deleitable que aguardaban sentados entre trofeos.

Por este sitio fue menester pasar aprisa para escusar al noble moro sentimientos penosos. Doña blanca picó la yegua, y en un instante se hallaron en la ancha *Plaza de los Algibes*, donde un gran número de obreros labraban por aquel tiempo el suntuoso palacio de Cárlos V (2). Desde allí, mirando al norte, siguieron hasta el pie de un muro sin adornos y degradado por el tiempo. Aben-Hamet saltando en tierra ofreció la mano á doña Blanca para bajar. Los criados llamaron á una puerta vieja y desamparada, cuyo umbral le cubria la yerba. Las dos hojas se abrieron, rechinando con fuerza el desusado quicio; los retretes ocultos del palacio de la Alhambra se descubrieron de repente.

Todos los recuerdos, todos los aguijones del amor de la patria, juntos á los prestigios del amor, sobrecogieron el corazon de Aben-Hamet. Casi mudo y sin movimiento, se sumergian sus ojos pasmados en

(1) Los inválidos de la Alhambra veneran en aquel lugar, con gran devoción, una imágen de la Virgen titulada de la *Antigua*, pintura gótica que los conquistadores llevaron siempre en sus campamentos, y á la cual se encomiendan todavia con mucha fé aquellos piadosos militares.

(2) Este grande emperador habia resuelto trastadar á Granada la córte de las Españas. Durante todo su reinado se trabajó con este objeto en aquel magnífico palacio, fabricado al lado y en competencia del palacio moro. La grandeza de su arquitectura, sobrepuja, si es posible, la suntuosidad misma de los antiguos romanos. Los extranjeros se eslasian delante de él dias enteros, y acostumbrañ pasar muchas horas en aquella soledad. Esta gran obra cesó para siempre cuando el emperador, cansado de la vida y de la gloria, abdicó y se encerró en un monasterio. Su hijo, que no amaba ninguna de las cosas de su padre, mandó dar de mano á esta fábrica, llevándose á todos los escelentes obreros que allí habia, para fundar el convento del Escorial. El palacio de Cárlos V habia llegado al tercer cuerpo, y en este mismo estado se encuentra hoy, descubierto á la inclemencia; pero siempre intacto y á la prueba de los siglos por su gran solidez. El jaramago y el mastuerzo se criañ y campeañ sobre aquellos hermosos pretiles y cornisas, como si fuese un palacio arruinado. Cuando se va á visitar aquel inmenso y malogrado monumento de las artes y de la civilizaciñ española, se presenta á la fantasía una imágen harto fiel de las glorias de España.

aquella habitacion de los genios. Pareciale mas bien un sueño cuanto veía; imaginaba hallarse en algun palacio encantado, cual los pintan los cuentos árabes. Por donde quiera que miraba, no veía sino largas hileras de galerias trasparentes y cortadas como á tígera; laberintos de columnas sin cuento, bóvedas prolongadas, taraceadas con todo género de labores mosaicas, y enredadas unas en otras con ingeniosos jazos; pórticos espaciosos, patios inmensos, canales de mármol, fuentes, cascadas, estanques, islas de jaspe, delicados jardines, cual miniaturas en medio de las aguas, y mil juegos inacabables de surtidores, que formaban nuevos palacios cristalinos, y mil divertidas labores de alborocío. El azul mas hermoso de los cielos no podia competir con los copos y los florones entrecortados de estuco arábigo (1), que esmaltados con los colores y los celages del arco iris, adornaban por todas partes las altísimas cúpulas y los ricos artesonados. Las paredes tegidas de arabescos, imitaban á la vista aquellas estofas orientales que el capricho y el ocio de una esclava ha bordado para su dueño en el retiro del *Harem*. Respirábase una especie de deleite religioso y guerrero en aquel edificio mágico: verdadero claustro de amor, soledad misteriosa, donde los reyes moros gustaban todos los placeres de la vida y olvidaban todos sus cargos.

Despues de algunos instantes de sorpresa y silencio, los dos amantes penetraron mas adentro en aquella mansion del poder hundido y de las dichas pasadas. Entre la fragancia de las flores y la frescura de las aguas, visitaron la *sala de Masucar*; fueron despues al *Patio de los Leones*. La agitacion de Aben-Hamet se aumentaba á cada paso. «Si no llenáras tu mi alma de delicias, le dijo á Blanca, ¿con cuánta pena me veria yo obligado á preguntarte á tí, española, la historia de estas reales moradas! ¡Ay! Estos lugares se hicieron solo para servir de retiro á la felicidad, y yo!...»

Aben-Hamet distinguió el nombre de Boabdil grabado sobre un trofeo arabesco: ¡Oh rey mio! exclamó con voz dolorida: ¿qué te has hecho? ¿dónde te encontraré yo en tu Alhambra desierta? Y las lágrimas de la fidelidad, de la lealtad y el honor inundaron sus ojos. «Vuestros antiguos señores, le dijo Blanca, ó mas bien los que fueron reyes de vuestros padres, eran ingratos.»—«¿Qué importa!» replicó el abencerrage: ahora son desgraciados.»

(1) El secreto de esta admirable composicion, se ha perdido despues de la espulsion de los moriscos. Cinco siglos de antigüedad no han bastado para destruir ni aun para degradar estas mezclas mas fuertes que el mármol.

Al pronunciar estas palabras, le llevó Blanca á un gabinete inmediato, que parecia el pabellon secreto del templo del amor. Ninguna cosa igualaba á la belleza de aquel retrete. Los muros y la bóveda estaban por todas partes labrados de menudos relieves de flores y pájaros orientales, sobre un hermoso fondo de azul y de oro escarchado. Cinco espesas lumbreras de arabescos, cortados en medio de la bóveda, dejaban pasar apenas la luz como por una gasa finisima de cambiantes. Allí estaban los *baños de la Sultana*, sostenidos por delfines de bronce, rodeados de tibores y pebeteros de ricos mármoles. Una gran taza de alabastro recogía en medio de las aguas de una graciosa fuente, que formando un fanal vistoso de tres cuerpos, reflejaba de mil maneras los colores y los esmaltes de aquel raro museo del deleite. «Aben-Hamet, dijo la hija del duque de Santa Fé, mirad bien esa fuente; ahí cayeron las cabezas desfiguradas de los abencerrages. Ved todavía sobre ese mármol la mancha de la sangre de aquellos infelices, que Boabdil sacrificó á sus sospechas. Así se trata en vuestro país á los hombres que seducen á las mujeres crédulas.»

Aben-Hamet se tiró al suelo, y besó postrado aquel rastro sangriento. Levantándose luego y cobrando fuerzas, le dice: «Oh Blanca! Yo te juro por la sangre de estos caballeros, de amarte con la constancia, la fidelidad y el ardor de un abencerrage.»

«¿Con que usted me ama! respondió Blanca juntando sus dos hermosas manos, y levantando sus ojos al cielo. ¿Pero usted no sabe que es un infiel, un moro, un enemigo, y que yo soy cristiana y española?»

«¡Oh santo Profeta, dijo Aben-Hamet, sed testigo de mis juramentos!...» Blanca interrumpiéndole le dijo: «¿Y qué fe queréis que yo preste á ese juramento que vais á hacer por el perseguidor de mi Dios? ¿Sabeis tampoco si yo os amo? ¿Quién os ha dado además confianza para hablarme de esa manera?»

Aben-Hamet consternado, la respondió: «Es verdad, yo no soy mas que tu esclavo: tú no me has elegido por tu caballero.»

«Moro, dijo Blanca, déjate de chanzas: demasiado has leído ya en mis ojos: sábeta si acaso lo dudas, que te amo con locura: hazte cristiano, y nada en el mundo podrá impedirme que sea tuya. Pero si la hija del duque de Santa Fé osa hablarte con tanta franqueza, esto mismo debe hacerte juzgar que ella sabrá vencerse, y que jamás un enemigo de los cristianos tendrá derecho á su corazón.»

Aben-Hamet, en un trasporte de su pasión, cogió las manos de Blanca y las puso sobre su turbante, y despues en el corazón.

«¡Alá es poderoso, exclamó, y Aben-Hamet es feliz! ¡Oh Mahoma! Que reconozca esta cristiana tu ley, y nada podrá...»—«¡Tú blasfemas!... dijo Blanca: salgamos de aquí.»

Apoyada en el brazo del moro, se acercó á la *fuenta de los doce Leones*, y volviendo á su tono franco, le dijo: «Estranjero, cuando yo miro tu ropa, tu turbante y tus armas, y reparo en nuestros amores, me parece que veo la sombra del bello abencerrage pasearse en este abandonado retiro con la infeliz Alfaima. Esplicame la inscripcion arábica grabada sobre el mármol de esa fuente, porque yo no la entiendo bien todavía.»

Aben-Hamet leyó estas palabras:

LA HERMOSA PRINCESA
QUE
SE PASEA CUBIERTA DE PERLAS
EN SU JARDIN,
AUMENTA DE TAL MANERA
SUS DELICIAS.....

Lo demas de la inscripcion estaba borrado.

«Por ti es, dijo Aben-Hamet, por quien ha sido compuesta esta inscripcion. Sultana amada, estos palacios acabados de hacer no serian tan bellos en su juventud como lo son hoy junto á ti medio arruinados... Escucha el ruido de esas fuentes que nos festejan, y repara el bullicioso afan de esos arroyos que se escapan por cima del musgo, tan inquietos y fugaces como yo siento mis esperanzas... Mira bien aquellos jardines, que parecen á la otra parte de aquellos arcos medio caídos; contempla el astro del dia, que comienza á ponerse por detras de aquellos pórticos.... cuanto veo á cualquier lado en este momento, es una viva imágen de mi alma, temerosa y apenada en medio de esta dicha que la embriaga.... ¡Mujer divina! Tú no sabes lo que vales y lo que puedes. Tus palabras embalsaman estos retiros como las rosas de himeneo. ¡Con qué placer oigo tu voz! ¡Qué poder tiene sobre mí ese acento melodioso que distingue tu lenguaje! Esos ecos celestiales, son tan dulces como tus ojos. ¡Qué contento, Blanca adorada el estar junto á ti, respirar el aire que tu respiras, recoger tu aliento, y sentir!... ¡Infeliz de mí! El crujir solo de tu ropa contra esos mármoles, me hace saltar el corazon de deleite.... *Eres hermosa como el Genio de mi patria en medio de estas ruinas...* ¡Pero Aben-Hamet podrá esperar que el corazon de Blanca se sije en él para siempre?

¿Qué
con
que
Blan
decia
agua
tiene
del g
Hamé
desco
contin
pero
gota
Bl
cuyo
aquel
los se
con n
traspo
como
«M
tada.
suelen
«¡A
Hamet
«¿Y
«Ma
El s
de reco
samien
traspar
como n
ban baj
nete, se
pidos lo
las post
destierr
(1)

¿Qué soy yo cerca de ti? Yo he corrido las montañas con mi padre, y conozco las plantas del desierto... ¡Ah!... ¡ni una sola hay siquiera que pueda curarme las heridas que tu me has hecho!... Llevo armas, Blanca; pero no soy caballero como los vuestros... Algunas veces me decia yo entre mi, paseando en aquellas remotas playas del Africa: El agua del mar que duerme al abrigo del cóncavo de una roca, se mantiene silenciosa y tranquila; mientras que las olas, agitadas en medio del golfo, se deshacen y estrellan las unas contra las otras. ¡Aben-Hamet! así será tu vida: silenciosa, pacífica, ignorada en un rincón desconocido del mundo, mientras que la corte del Sultan se verá de continuo agitada por las tormentas. Así pensaba yo, jóven cristiana; pero tu me has hecho ver que la tempestad puede turbar tambien una gota de agua refugiada en el hueco de un peñasco.»

Blanca oía enagenada aquel lenguaje enteramente nuevo para ella, cuyo tono oriental se ajustaba con tanto acuerdo al prestigio de aquel lugar encantado. El amor penetraba en su corazón por todos los sentidos temblándole las rodillas, y se veía obligada á apoyarse con mas fuerza sobre el brazo del ismaelita. Aben-Hamet sostenia trasportado aquel dulcísimo peso, y queriendo probarlo, andando como iba, exclamó: «¡Ah! ¡que no fuera yo un brillante abencerrage!»

«Me gustarias menos, dijo Blanca, porque me veria mas atormentada. Mantente oscuro y vive para mi. Los caballeros de gran lustre suelen olvidar el amor por la fama.»

«¡Ah! no lo creas de mi; jamás tendrias ese peligro:» dijo Aben-Hamet.

«¿Y cómo me amarias tú le preguntó Blanca, si fueras abencerrage?»

«Mas que la gloria, respondió el moro, y menos que el honor.»

El sol trepaba ya el horizonte, y los dos tiernos amantes acababan de recorrer lo mejor del palacio. ¡Cuánto género de recuerdos y pensamientos se ofrecieron á cada paso al abencerrage! Bajo esta cúpula trasparente, sustentada por cien columnas, y elevada en los aires como un hermoso faro, recibia la Sultana los perfumes que se quemaban bajo del calado pavimento de cedro: allí en aquel risueño gabinete, se adornaba con todos los atavíos del oriente: aquí se ven esculpidos los trofeos nupciales, y permanece todavía el pabellon dorado de las postreras bodas: allí entre aquellas negras rejas, fue su cárcel y su destierro por un moro de sangre real que se llamaba Aben-Hamet (1).

(1) La prision de la Sultana se conserva todavía, y ha solido servir de ga-

Y mientras todo esto, era Blanca quien mostraba aquellos lugares, y esplicaba su historia al amante que la adoraba y á quien ella idolatraba. Loco de amor el abencerraje, al dejar estos sitios encantadores eligió el mejor testero en el *cuarto de la Sultana*, y talló sobre el mármol una graciosa cifra arábiga con el nombre de Blanca. De esta suerte quedaba otro arcano mas dentro de aquel recinto de los misterios.

Iban ya á salir del palacio; pero quedábase por visitar la sala llamada de los *Secretos*. La estructura de esta gran pieza acústica, forma una rara elipse que trasmite de un foco á otro las palabras imperceptibles que se pronuncian en cada uno, vuelto el rostro contra los muros. No parece allí sino que un millon de genios invisibles recogen las palabras de entre los labios y que las traen volando, y que todos juntos cuchichean al oido. Al entrar dijo Blanca: «Querido moro, hé aqui un lugar privilegiado, y no pocas veces decisivo, en donde los amantes dicen su corazón sin perderse el decoro. Quédate en este punto... sin mirarme... quieto... vuelto de espaldas... como Orfeo en la casa de Pluton con su tierna Euridice. En habiéndote hablado, responde sin moverte.» Blanca partió al otro foco, y habló en voz baja de esta manera: «Reten bien estas palabras: mis destinos no pueden escapar de una de estos dos extremos: *Mientras seas musulman, soy tu amante sin esperanza. Si te vuelves cristiano, yo soy tu esposa afortunada.*»

Aben-Hamet respondió: «Virgen del Paraíso, fuera de ti no hay ya para mi ni mas vida ni mas mundo. *Mientras fueres cristiana, yo no seré mas que tu esclavo desolado. Musulmana, soy tu esposo glorioso.*»

Y arrasados los ojos en lágrimas los dos tiernos amantes, salieron en silencio de aquel lugar peligroso.

Comenzaba ya la noche, y la luna esparcía su melancólica claridad sobre las murallas desiertas de la Alhambra. Su blanquinosa luz dibujaba en los muros de las galerias, y en los anchos enlosados, mil vistosos diseños de edificios aéreos, tendidos como un tapiz de encajes; en donde se trazaban los arcos de los claustros y bullia entre el perfil incierto de las columnas, la sombra móvil de las aguas saltando, y de las tiernas hojas que movia el céfiro. El ruiseñor cantaba en lo alto de un ciprés, por encima de la linterna de una mezquita comenzada á derribar. Los castillos volvian tres veces el eco doloroso de sus gorgoros.

pu-s para algunos presos de Estado. Un salon oscuro, y una alcoba sin adorno: por delante una galeria cerrada con fuertes y espesas verjas de hierro, sobre un patio solitario y desnudo.

Los relinchos de los caballos anunciaron, en fin, la llegada de sus dueños. Un silencio profundo cubría su marcha. La campana de la Alcazaba resonaba tan solamente por intervalos, y el golpeo de las herraduras restallaba en la soledad.

La pasión de Blanca se aumentaba más y más cada día, y la de Aben-Hamet crecía con la misma violencia. Era tanto el contento de este al verse amado por sí solo, sin que ninguna mira de interés ó grandeza se mezclase al amor de Blanca, que guardó su secreto y resolvió ocultarle su nacimiento hasta el día afortunado, si era posible que llegase, de ser su esposo. De esta suerte pasaban días y vogaban los dos amantes como encantados aquel mar sin orillas donde se veían engolfados sin más polos que su esperanza ni más remos que el corazón. Mientras tanto una fiebre lenta amenazaba el fin de la piadosa Elima, madre de Aben-Hamet. Deseosa de abrazarle y de bendecirle al dejar la vida, le escribió que volviese y se diese prisa. Aben-Hamet propuso á Blanca un paseo á los *Sepulcros Moros*. Aceptóle Blanca, y comenzó á temer en el camino. Hablaba poco el abencerrage, y el brillo de sus ojos estaba muerto. Al entrar en el cementerio, descubriendo Aben-Hamet su dolor, y mostrándole la carta, le dijo: «Sultana amada, mi madre va á morir y me llama para cerrarle sus ojos. ¿Me conservarás tu amor?»

«¿Tú me dejas! respondió Blanca sobrecogida y su rostro todo inmutado. ¿Me dejas! ¿No volveré yo á verte?»

«Ven, dijo Aben-Hamet; quiero hacerte un juramento que ninguna cosa lo rompa sino la muerte, y que tu me hagas otro. Sigüeme.»

Aben-Hamet penetró entre la larga fila de los sepulcros, y parándose al pie de una pirámide, vuelto á Blanca, la dijo: «Blanca, mis mayores reposan aquí. Yo te juro por sus cenizas, de amarte hasta el día en que el ángel del juicio me llame al tribunal de Alá. Yo te prometo que mi corazón no será jamás de ninguna otra mujer, y que te recibiré por esposa al instante que reconozcas la santa luz del profeta. Todos los años por este tiempo vendré á Granada y peregrinaré por ti, para ver si me has guardado tu palabra y renuncias á tus errores.»

«Y yo también, dijo Blanca llorando, yo también te aguardaré todos los años: yo te conservaré hasta el postrer suspiro la fe que te he jurado y que voy de nuevo á jurarte.» Y sacando del pecho un hermoso medallón, donde estaba grabada la imagen del Salvador: «Este Señor, le dijo, á quien pido por ti todos los días, te guarde y me sea estigo del juramento que te hago: aquel día que tu le conozcas, y en

que un rayo de su gracia , mas poderosa que tu amante, hubiere tocado tu corazón, yo te juro de ser tu esposa.»

Aben-Hamet partió, y los vientos le llevan en pocos dias á las riberas africanas, donde su madre acababa de espirar. Allí abrazó su ataúd, y la lloró muchos meses sumergido en el dolor. ¡La eternidad ó los mares! ¡Qué dos tristes barreras para el sensible abencerrage! Unas veces en el desierto, otras entre las ruinas de Cartago, y otras muchas sentado en lo alto de la tumba de San Luis, vive de lo pasado y del porvenir, y gimiendo pronuncia á gritos los dos nombres queridos de Elima y Blanca. La una le dió la vida, la otra es el dueño de ella. ¡Con qué ansia ve todos los dias salir el sol, y con cuánto consuelo comienza á verle agrandar su carrera! El dia llega, en fin: un jabeque ligero le espera ya en el puerto. ¡Qué alborozo al crugir la quilla y marchar viento en popa hácia Málaga bajo las brisas de levante. ¡Con qué alegría mezclada de temor descubren sus ojos los primeros promontorios de la costa de España! «Blanca mia, dice en su corazón, ¿me esperas tú en esas orillas? ¿Te acuerdas todavia de este pobre árabe, que no ha dejado ni un instante de adorarte bajo la palma del desierto?»

La hija del duque de Santa Fe no era infiel á sus juramentos: tiempo hacia que habia alcanzado con su padre que la llevase á Málaga. Blanca habitaba allí con el duque una casa de campo inmediata á la ciudad. De lo alto de las montañas que rodeaban la inhabitada costa, seguia con sus ojos los bajeles á lo largo del golfo, y perdiase su vista á todos lados entre las fugitivas olas y los montes de espuma. Cuando arreciaba el viento y resonaban las tormentas, iba á las cimas de los montes á descubrir los mares á lo lejos, ó bajaba á los precipicios y se entraba en las puntas y entre los batideros de las olas, consentia en inundarse, y gozábase en los peligros del torbellino mismo que amenazaba acaso los dias de Aben-Hamet. ¡Con qué envidia miraba lanzarse al mar los dolientesalcones, y con sus grandes alas encorvadas raer las aguas y volar para el Africa! «Id y habladle, les decia Blanca; y salidle al encuentro: llevadle buenas nuevas y decidle dónde me quedo, y contadle que me habeis visto llorar por él.»

Un dia que andaba vagando por las playas, descubrió un barco largo, cuya proa levantada, el mástil inclinado y la vela latina, anunciaban el elegante ingenio de los moros. Blanca dió la vuelta al puerto, y no se tardó mucho sin que viese entrar el bajel berberisco, cuya rápida carrera trazaba un largo surco de espuma. Un moro magnifica-

mente vestido, venia de pie derecho en la proa. Dos esclavos negros sujetaban por detras de él un hermoso caballo árabe, cuya nariz humeando y la crin esparcida, mostraban su condicion fogosa; y el espanto que le causaba el ruido de las olas. Llega en fin, el jabeque, arria las velas, toca el muelle y presenta el costado. El arrogante moro salta en tierra, y la ribera suena con el ruido de sus armas. Los esclavos hacen salir al soberbio bruto, que al verse en tierra relincha, brinca y retoza de alegría. Otros dos esclavos sacaban y traian poco á poco un azafate morisco, en donde venia echada una linda gazela sobre un lecho de hojas de palma. Traia las piernas atadas y dobladas bajo del cuerpo para impedirle que bregase y se lastimara con los vayenes. Al pescuezo traia un primoroso collar de aloe, y en el grapon de oro que le ajustaba se veia grabado un nombre y un talisman. El nombre era el de Blanca, en arábigo.

Blanca reconoció á Aben-Hamet; mas por no llamar la atención se retira y le envia á Dorotea, una de sus criadas, que le salude y diga donde le aguarda. Aben-Hamet presentaba en aquel momento al gobernador su firman, escrito en letras doradas sobre una preciosa vitela azul, encerrado en una rica cartera bordada de realces. Dorotea se acercó despues y condujo al feliz abencerrage á los pies de Blanca. Cuál fue el gozo de entrambos, cuáles los arrebatos que sintieran sus almas á esta primera vista, es mas fácil de concebirlo que de explicarlo. El encuentro de dos amigos salidos de las tumbas, vueltos de nuevo al mundo, no seria mas patético, no mas intenso el júbilo, no mas vivo. Las palabras eran pocas, sus corazones se entendian mejor. El amor verdadero y honesto, tiene su lengua aparte del vulgo. Uno y otro se hallaron fieles; uno y otro se renovaron sus promesas y juramentos.

Los dos esclavos negros trageron el caballo numida. Era de color atigrado como los leopardos; en vez de silla traia solo una piel de leon ajustada con una cincha de púrpura. Despues trageron la gazela. «Sultana, dijo Aben-Hamet, mira aqui una coreilla de mi pais, casi tan ligera como tú.» Blanca desató ella misma con sus manos aquel bonito animal, que parecia darle gracias lamiéndola y mirándola al rostro. Entumida de estar atada tanto tiempo, no podia tenerse la delicada gazela; y echada en tierra apoyaba la cabeza en la falda de su señora. Blanca le daba en la palma de la mano dátiles frescos, y acariciaba con mil estremos aquella cervatilla del desierto, cuya piel retenia todavia el olor del palo de aloe y de la rosa de Túnez.

El abencerrage, el duque de Santa Fe y su hija, partieron juntos para Granada. Los días corrieron y se pasaron en un soplo para los dos amantes, como el año anterior. Los mismos paseos, los mismos sentimientos, el mismo amor, cada vez mas probado, cada vez mas profundo, cada vez mas noble y respetuoso. No hubo nunca dos corazones mas acordes, ni dos almas mas simpáticas; pero un muro de diamante se interponia entre ellos en tratándose de religion. Sé cristiano, le decia Blanca. Hazte musulmana, le decia Aben-Hamet. Este era casi siempre el adagio de sus tiernas y apenadas conversaciones. «Cuando yo estaba en el desierto, le dijo un día Aben-Hamet, y tu ausencia ¡oh Blanca! me hacia sentir todas las agonias de la muerte, me decia yo tambien algunas veces entre mi mismo: Aben-Hamet, se cristiano; en tu mano está poner fin á estos dolores... ¿Pero podrias tu, Aben-Hamet, ofrecer á tu dueño un corazon fementido y manchado por la traicion mas horrorosa y abominable? Quien pudiese apostatar de su Dios, seria tambien capaz de renegar á su amante. La amaré toda mi vida y esperaré. Alá es poderoso. Escrito está lo que tiene de ser de los dos.»

«Tú dices bien, Aben-Hamet, le respondió Blanca. Yo tambien sabre morir fiel á mi religion y fiel á mi amor, que ella no me prohíbe, pues que yo no puedo dejar de amarte. Pero séame licito siempre desear y pedirle á Dios que seas cristiano. Desengañado te quiero yo, jamas pérfido. Dios te alumbrará, y el día que le hubieres conocido, no te creerás infiel por seguirle, ni temeras engañarme. Poco ó mucho, aunque no pienso yo que sea mucho, tuyo es, Aben-Hamet, todo el tiempo de mi vida: no cortemos el cable de la esperanza.»

Aben-Hamet se postró en tierra, y pegado su rostro contra el polvo, la adoraba diciendo: «¡Mujer celestial, tu virtud habla mucho en favor de tu religion! Alá nos ve; que él disponga. La eternidad seria poco tiempo para amarte y ser digno de ti; yo esperaré y llevaré otra vez mis lágrimas al desierto.» Y el corazon traspasado, los dos amantes se separaron segunda vez.

Aben-Hamet volvió al año siguiente, como aquellos pájaros viajeros que el amor trae á nuestros climas todas las primaveras. No estaba Blanca en las orillas como el año anterior; pero una carta suya anunciaba al fiel abencerrage la partida del duque de Santa Fe para Madrid, y la llegada de D. Carlos á Granada, en cuya compañía habia venido tambien un prisionero frances, grande amigo suyo. Al leer esta carta sintió oprimirsele el corazon, y salió para Granada con los

mas negros presentimientos. La soledad de las montañas le pareció espantosa, y el bullicio de los pueblos le ponía grima. Agitado de mil recelos, peregrino y solo en un pais enemigo, sin mas calor ni abrigo que el corazon de una mujer, mas de una vez volvió sus ojos al mar, y echó menos la paz y el oscuro retiro de su cabaña.

Blanca no habia podido resolverse á dejar solo un hermano tan querido, á quien volvía á ver despues de siete años de ausencia, y á quien tanto tenia que agradecer. El carácter de D. Carlos, sobradamente duro y difícil de contentar, era otro obstáculo no menos grande á la ejecucion de sus deseos. Acosábala tambien mucho la idea del porvenir, que revolvia en su ánimo. Valiente y fiero D. Carlos, como todos los militares españoles; terrible como los conquistadores del Nuevo-Mundo; religioso como todos los caballeros españoles que habian guerreado con los moros, alimentaba ademas en su corazon, con la sangre del Cid, un odio hereditario y una implacable aversion á los infieles.

Tomas de Lautrech, de la ilustre casa de Foix, en donde la hermosura en las mujeres y el valor en los hombres, fueron dotes y prendas de familia, era hermano menor de la condesa de Foix, y el bravo y desafortunado Odet de Fox, señor de Lautrec. Habiale armado caballero, á la edad de diez y ocho años el famoso Bayardo, poco antes de aquella retirada que costó la vida al Caballero sin miedo y sin tacha. Poco tiempo despues, acribillado de heridas, quedó Tomas prisionero en Pavia defendiendo al rey, caballero aquel dia en que este lo perdió todo *menos el honor*.

D. Carlos de Vivar, testigo del valor de Lautrech, tomó por su cuenta la cura de aquel jóven frances, y trabaron los dos en poco tiempo una de aquellas amistades heróicas, cuyos fundamentos son la virtud y el reciproco aprecio de dos almas sencillas y generosas. Francisco I habia ya vuelto á Francia; pero Carlos V guardaba todavia los demas prisioneros. Lautrec habia tenido el honor de partir la cautividad de su rey, y de dormir en la prision á los pies de su cama. Despues que este monarca negoció su libertad, fue entregado Lautrec, bajo su palabra, á D. Carlos, el cual le atrajo á Granada y le tenia hospedado en su casa.

Cuando Aben-Hamet se presentó en el palacio de D. Rodrigo, y fue introducido en la sala donde estaba Blanca, se le ofuscó la vista y sintió un nuevo género de tormento horroroso, cuya fuerza habia ignorado hasta entonces. Junto á Blanca estaba sentado un bizarro jó-

ven, de aventajada estatura, que la miraba en silencio y parecia enagenado de amor. Su fisonomia era triste y grave; pero muy varonil y de mucha expresion: la frente espaciosa, el cabello poco poblado, el rostro enjuto y nervioso, la nariz aguileña, los ojos pardos, grandes y prominentes, los labios delgados, los mostachos negros como el ébano, la color amarilla. El traje correspondia por su sencillez á aquel aire marcial que distinguia á los antiguos caballeros. El perpunte y el calzon eran de finisimo ante; la gorguera de encajes, abierta y caída sobre el pecho y los hombros; la capa corta, de seda celeste, recogida á la cintura; la espada grande, la guarnicion de acero con las tres lises; las botas anchas y dobladas, y la espuela de oro, distintivo muy apreciado de la antigua caballeria.

Poco mas lejos estaba D. Carlos, de pie derecho, apoyado sobre la cruz de fierro de su larga tizona, y vestido como Lautrec. Su semblante austero, y su mirar ardiente y sentido, inspiraba temor y respeto. En el lado izquierdo del pecho brillaba la cruz de Calatrava, con este mote: «por ella y por mi rey».

Un grito involuntario se escapó de la boca de Blanca cuando vió á Aben-Hamet, y sin poder contener su gozo: «Ved aqui, caballeros, les dijo, al noble agareno de quien os he hablado tantas veces. Los abencerrages eran todos unos moros por este mismo estilo, y ninguno les aventajaba en valor, ni en lealtad y galanteria.

Don Carlos se adelantó hácia Aben-Hamet, y le saludó diciéndole: «Señor moro, mi padre y mi hermana me han hablado de vos con mucho aprecio, y han tenido razon para creer que pertenecéis á alguna familia noble y valiente: vuestra persona da muy bien las muestras. No se tardará mucho el Emperador Carlos V mi señor, en llevar la guerra á Túnez. Tal vez que podremos vernos alli tambien en el campo del honor.»

Aben-Hamet puso la mano sobre su seno, se sentó en la alfombra sin responder, y quedóse con los ojos clavados en Blanca y en Lautrec. Contemplaba este con toda la curiosidad de un frances el magnifico vestido, las brillantes armas y la arrogante presencia del moro: Blanca no parecia cortada; toda su alma se mostraba en sus ojos: la sincera española no hacia nada para esconder el secreto de su pasion. Aben-Hamet se levantó despues de algunos instantes de silencio, se inclinó delante de la hija de D. Rodrigo, y retiróse. Lautrec salió un momento despues como atónito de lo que habia visto, y harto azorado y lleno de sospechas, cuya realidad vió muy pronto con evidencia.

D
altera
agitac
«B
Hame
«¿
los Vi
mos e
«D
Tres a
ligion
hasta
«B
amor!
tambie
«Te
amar á
no ten
lleria,
tan sol
fel.»
«¡Y
«Tu
importa
virtud?
otros se
por cim
rezca de
bien nu
D. C
abencer
bate.
«¿Es
Hamet.
«No,
«¡Oh
licidad t
¡Dichoso
frances..

Don Carlos luego que se halló solo con su hermana, impaciente y alterado, le dijo: «¿Qué es esto, Blanca? Espícate: ¿de que nace la agitacion que te ha causado la vista de ese extranjero?»

«Hermano mio, le respondió Blanca sin rodeos, yo amo á Aben-Hamet; y si quiere hacerse cristiano mi mano es suya.»

«¿Cómo! exclamó D. Carlos, ¡tu amas á Aben-Hamet! ¡La hija de los Vivares ama á un moro, á un mahometano, á un enemigo que hemos echado nosotros de estos palacios!»

«Don Carlos replicó Blanca, yo amo á Aben-Hamet, y él me ama. Tres años hace que renuncia á ser mi esposo por no renunciar á la religion de sus padres. Hay en él nobleza, hay honor, y hay caballeria: hasta mi postrer suspiro le adoraré.»

«Blanca infeliz, dijo D. Carlos, ¡á qué abismo va á llevarte ese amor! ¡Yo que habia esperado y contaba que mi amigo Lautrec fuese tambien mi hermano!...

«Te engañaste, le dijo Blanca interrumpiéndole: yo no puedo amar á ese extranjero. De mis sentimientos en favor de Aben-Hamet no tengo yo que dar cuenta á nadie: guarda tus juramentos de caballeria, como yo guardaré mis juramentos de amor. Sábeta una cosa tan solo para tu tranquilidad: Blanca no será nunca esposa de un infel.»

«¡Y nuestra familia desaparecerá de la tierra!» exclamó D. Carlos.

«Tu puedes hacerla resucitar si quieres, dijo Blanca. Pero ¿qué te importan unos hijos que tu no verás, y que degenerarian tal vez de tu virtud? D. Carlos, tengo yo un presentimiento casi seguro de que nosotros seremos los últimos de nuestra estirpe: salimos nosotros muy por cima del orden comun, para poder esperar que nuestra sangre florezca despues de nuestra vida. El Cid fue nuestro abuelo; él será tambien nuestra posteridad.» Blanca se retiró.

D. Carlos sale y parte en aquel mismo instante para la posada del abencerrage. *Moro*, le dice, *renuncia á mi hermana, ó acepta el combate.*

«¿Es ella quién te ha encargado esa demanda?» preguntó Aben-Hamet.

«No, respondió D. Carlos. Blanca te ama ahora mas que nunca.»

«¡Oh digno hermano de Blanca! exclamó Aben-Hamet: ¡ toda mi felicidad tiene que venirme de tu familia! ¡ Afortunado Aben-Hamet! ¡ Dichoso día! Yo habia pensado que Blanca amaba á ese caballero frances...»

«Y esa es tu mayor desgracia, esa es tu culpa, exclamó D. Carlos enfurecido. Lautrec es mi amigo, y sin ti sería también mi hermano. Dame cuenta de las lágrimas que vas á hacer derramar á mi familia.»

«Yo estoy pronto, respondió Aben-Hamet; pero nacido como soy de un linage que quizás habrá combatido con el tuyo, al fin no soy caballero como tú. Por desgracia no veo aquí á nadie que pudiese conferirme ese orden, y desearia yo que te midieses conmigo sin bajar de tu esfera.»

D. Carlos tocado de la reflexion del moro, le miró con un gesto mezclado de admiracion y de furor; y despues de un instante de silencio, le dijo: *Pues bien... yo te armaré caballero: tu lo mereces.*

Aben-Hamet hincó la rodilla delante de D. Carlos, quien le instaló al momento, tocándole tres veces en la espalda con la espada de plano. En seguida le ciñó aquel mismo alfange con que tal vez el abencerrage podria atravesarle el corazon; despues abrazóle: ¡tal era el antiguo honor!

Uno y otro traspusieron fuera de los muros de Granada en sus briosos corceles, y volaron á la *fuenta del Pino*. Desde tiempos muy antiguos era ya muy nombrado aquel parage, por los desafios de los moros y los cristianos. Allí fue donde el Malique Alabes habia reñido con Ponce de Leon, y en aquel mismo sitio el gran maestre de Calatrava habia dado muerte al famoso Abayados. Veianse todavia colgados en el árbol venerable que daba su nombre á la fuente, algunos restos de las armas de aquel bravo adalid, y en la corteza se leian algunas letras de una inscripcion tenebrosa. D. Carlos señaló con la mano al Abencerrage la tumba de Abayados, y le dijo: «Imita á ese valeroso infiel, y recibe de mi mano el bautismo y la muerte.»

«La muerte puede ser, respondió Aben-Hamet; pero ¡viva Alá y el Profeta.»

Los dos fuertes combatientes se partieron el campo sin mas razones, y corrieron el uno sobre el otro con furia, la espada en mano. Aben-Hamet no era tan diestro en los combates como Don Carlos; pero la excelente calidad de sus armas templadas en Damasco, y la ligereza de su caballo le daban no pequeña ventaja sobre su enemigo. Y asi fue que en un momento mal previsto por D. Carlos, lanzó el moro su caballo con el ímpetu que suelen los árabes, y en el instante del encuentro, jugando con no menos arte que violencia el uno de sus grandes estrivos cortantes, desjarretó el caballo de D. Carlos, y le hizo dar en el suelo con su dueño.—Alzase entonces este furioso con la espada

levantada: Aben-Hamet salta en tierra y le recibe con intrepidez: Don Carlos arrecia sus golpes con ira mortal: el Abencerrage los quita con serenidad; y al descargar aquel un tajo desesperado, que amenazaba mucho la vida de Aben-Hamet, la espada de Toledo se rompe; y salta hecha pedazos contra el acero damasquinó. Frustrado dos veces por la fortuna, D. Carlos vierte lágrimas de furor, y gritando á su contrario, le dice: «Hiere, moro, hiere! D. Carlos, desarmado como se halla, te desafía á ti y á toda tu raza infiel.»

«Tú has tirado á matarme, respondió el Abencerrage, y tú has visto que yo no he hecho mas que defenderme. Me sobra con esto para probarte que soy digno de ser tu hermano, y para impedirte que me desprecies.»

En este mismo instante Lautrec y Blanca, envueltos en una nube de polvo, llegan á aquel lugar en dos yeguas mas veloces que el viento: «Estoy vencido, dijo D. Carlos: este caballero me ha dejado la vida; pero aun es tiempo, Lautrec: tú podrás probar mejor fortuna que la mia.»

«Mis heridas, dijo Lautrec, me permiten rehusar el combate contra ese cortés caballero. Yo no quiero tampoco, añadió poniéndose encendido, ni aun siquiera saber el motivo de vuestra querrela, ni penetrar un secreto que me costaria tal vez la vida. Muy pronto mi ausencia podrá volveros á todos la paz que yo os deseo, á no ser que Blanca me ordene quedarme á sus pies.»

«Caballero, dijo Blanca, vos permaneceréis con mi hermano, si esto no os enfada, ó á mi me mirareis como una hermana vuestra. Todos los corazones que hay aqui sufren recios pesares: vosotros dos aprendereis de Aben-Hamet y de mi á soportar con fortaleza los males de la vida.»

Blanca quiso obligar á los tres caballeros á darse las manos, pero todos tres se negaron. «Yo aborrezco á Aben-Hamet!» exclamó D. Carlos: — «Yo le envidio;» dijo Lautrec. — «Yo estimo á Don Carlos, dijo Aben-Hamet, y compadezco á Lautrec; pero no puedo amarlos.»

«Veámonos todos los días, dijo Blanca, y pronto ó tarde la amistad vendrá con la estimacion. Caballeros, vosotros concerreis muy bien que este suceso, harto grave, debe sepultarse en el olvido ó ignorarse en Granada.»

Desde este dia Aben-Hamet se vió mil veces todavia mas querido de Doña Blanca. Todas las señoras aman de preferencia á los valientes. Ninguna calidad apreciable faltaba ya al Abencerrage, pues acababa de dar tales pruebas de sus brios; y á la nobleza de su ánimo debia tan solo la vida D. Carlos. Por consejo de Blanca se abstuvo algunos dias Aben-Hamet de presentarse en casa de esta, hasta tanto que hubo cal-

mado la irritacion de aquel suceso, y fué dado verse y tratarse sin nuevos riesgos.

Batallaba ahora mas que nunca el Abencerrage consigo mismo, con su amor, con su religion, con sus preocupaciones, con su orgullo, y con los recuerdos de sus gloriosos antepasados. Blanca le predicaba todos los dias, y trabajaba para reducirle como pudiera un Apóstol. «Sin que estés persuadido, le dijo un dia, yo no quiero que seas cristiano solo por mí. Mas para persuadirse es necesario poner los medios, y no ser indócil. Toma este permiso que yo te he sacado; para que puedas ir á la Iglesia mayor á la *Capilla de los Moros*. La religion se siente mas bien que se concibe: haz la prueba. Sí, Aben-Hamet: vence ese orgullo, que es mas bien obstinacion, y no te conviene á tí. Otros moros de muy ilustres familias han ido autes que tú á ese mismo lugar; muchos de ellos, tan valientes y aun mas fieros que tú, se han convertido.

Con nosotros alternan no pocos de ellos, y se ven muy estimados. Aunque tú no has querido tratarlos, los has visto, y has podido juzgar muy bien que no están arrepentidos. Prueba á ver, Aben-Hamet. Encomiéndate á Alá: sí, á Alá; á ese mismo Dios, único y poderoso, á quien tú adoras y yo adoro, y á quien pido todos los dias por tí con profundos gemidos del corazon.—Tus padres, á quienes tu conversion podria servir de tormento, no existen ya. Si yo soy lo único como tú dices, que te queda en este mundo, tú ves bien que yo no te despreciaré porque seas cristiano. No, Aben-Hamet; yo te adoraré, y despues de Alá nada me será mas querido que tú en el mundo: tanto como mi padre, más que todas las demas cosas. Entonces no tendré yo que andar en lenguas: y ninguna dirá, como ahora, que amo á un infiel. Entonces el dulce nombre de esposa... sin tener que avergonzarme de nadie para ser tuya....» Blanca no pudo seguir mas: su voz fué interrumpida por un hondo y continuo gemido casi imperceptible; un copioso llanto inundó sus ojos y sus hermosas pestañas; su rostro se encendia y se apagaba alternativamente. Aben-Hamet, postrado delante de ella, recibió de sus manos aquel billete de salud, que ella le alargaba empapado en sus lágrimas; y no menos conmovido, le dijo: «Yo iré, Blanca, sí, yo iré á tu templo: ¿qué sacrificio hay en el mundo que yo no sea capaz de hacer por tí?... Despues de todo, no hay mas que un Dios. Tú lo crees como yo, y esta es la mistad de mi fé. Yo le adoraré tambien en ese mismo lugar donde le adoraron mis padres, y donde vosotros le adorais ahora. Yo le escucharé humildemente, si él se dignare hablarme. Créeme, Blanca, yo no te ofreceré jamás un corazon vendido ni á la ilusion ni á la perfidia. Ríndalo Dios y seré cristiano. La primera vez que me vieres venir contento y me oyeres invocarte con el dulce nom-

bre de *esposa*, dále gracias y alábale ya segura. Esta tierna palabra será la señal de su triunfo, y del tuyo y del mio tambien. »

Aben-Hamet siguió muchos dias sumergido en un abismo de reflexiones las mas serias; y no dejó pasar ninguno sin ir al templo á la hora de la noche, al sonar el toque de la oracion. La Iglesia mayor era una antigua mezquita, convertida en templo cristiano por la piedad de los fieles. Cada vez que entraba en ella el Abencerrage, un terror religioso sobrecogia su espíritu, y un profundo dolor oprimia su pecho, contemplando aquel prodigioso edificio que fue por muchos siglos el templo de su Dios y de su patria. Una lóbrega magestad reinaba allí á lo largo de una multitud de columnas sin cuento, semejantes á los troncos simétricos de los árboles que adornan los parques de los reyes. La arquitectura ligera y voluptuosa de los árabes, sin perder nada de su elegancia, habia adoptado sucesivamente muchas formas y adornos de gusto gótico, y habia adquirido una gravedad mas conforme á la religion. Alumbraban apenas algunas lámparas aquellas vastas sinuosidades, y aquellos espacios sin término visible; pero á la claridad que esparcian algunos cirios, encendidos en derredor del tabernáculo, se veia brillar el Sagrario, engastado por todas partes de oro y piedras preciosas. Los españoles ponen toda su gloria en despojarse de sus riquezas para adornar los objetos de su culto. La imágen de Dios vivo, colocada en medio de magníficos pabellones de brocado y preciosos encages, coronada de perlas, y rodeada de manojos de diamantes, de esmeraldas y de rubíes, es adorada en las Iglesias por un pueblo medio desnudo.

Una noche que se habia acabado ya el Oficio divino, y al parecer no quedaba gente en la Iglesia, se animó el Moro á bajar de su tribuna y á penetrar mas cerca del santuario. A los graves y melodiosos acentos de los órganos y del canto sagrado, se habian correspondido en su razon impresiones y movimientos de piedad que jamás habia experimentado. Por la primera vez de su vida sintió como una especie de inspiracion celestial, y concibió el deseo de aproximarse mas á aquel centro misterioso de adoracion, que se escondia dentro del altar; y cuya vista le causaba cierto respeto profundo, mezclado de consuelo y de esperanza, que él mismo no acertaba á comprender ni á definir. Ibase adelantando lentamente, y con no poco pavor, por en medio de las desiertas naves que resonaban con el solo ruido de sus pasos. No se veia ningun asiento en toda la estension de aquellos vastos recintos. El suntuoso pavimento de marmol servia á todos igualmente, grandes y pequeños, pobres y ricos, para humillarse delante del comun Padre, y rendirle la adoracion. Un gran número de losas sepulcrales, llenas de emblemas, de inscripciones y de nombres cristianos, aumentaba el horror sagrado de aquel lugar. Aben-Hamet se acercaba ya por debajo del

arcó toral, cuando al pie de una columna vió una figura inmóvil, que al primer aspecto creyó ser una estatua de algun sepulcro. Acercóse mas, y no sin admiracion vió que era un caballero bastante jóven, puesto de rodillas, la cabeza inclinada, y los dos brazos cruzados sobre el pecho. Ni su presencia ni el ruido de sus pasos, fueron causa para que el piadoso caballero alzase los ojos, ni hiciese el menor movimiento; su rostro estaba encendido, y brillaba en su frente alguna cosa divina que impedia conocerle. Pero Aben-Hamet reparó en el sombrero, el plumaje y la espada de las tres lises puesta á sus pies sobre el mármol, y reconoció entonces á Lautrec. Parecióle por esta vez su rival mas bien un ángel; y al contemplarle en aquel estado, le envidió ser cristiano. Retiróse el Moro algunos pasos, temeroso de interrumpirle; y comparándose con él y con Blanca, tuvo vergüenza de si mismo. «¿Por ventura, decía entre sí, no podria yo estar engañado? ¿Por ventura cerrará Alá los oídos á los devotos ruegos de este piadoso caballero, y le rechazará de si como á un infiel ó impio? Quanto Blanca me ha dicho de a ley de los cristianos ¿no es mil veces mas puro, mas sublime, mas tierno?... ¿Por qué, pues, me hago importuno y persisto rebelde á la voz de esa muger celestial?... Ensayaré yo tambien el rogarle á este Dios de los caballeros cristianos, y tal vez...» Aben-Hamet iba á humillarse en un lugar oculto tras del altar, cuando apercibió á la luz de una lámpara ciertos relieves árabes, y una cifra del *Alcoran* sobre un friso medio caido. Un temor espantoso se apoderó de su ánimo repentinamente, sacudió todos sus miembros. Aben-Hamet huye asombrado: y á toda prisa sale del edificio invocando al Profeta, y pidiendo á Alá perdon y misericordia.

El cementerio que rodeaba á esta antigua mezquita era una especie de jardin, plantado de naranjas y palmas, con dos hermosas fuentes y un espacioso claustro. Al atravesar Aben-Hamet la primera puerta, vió una muger que se acercaba seguida de una criada, y aunque envuelta en su mantilla, el Abencerrage reconoció ser la hija del Duque de Santa Fé. Los frenéticos celos volvieron á agitar su corazon al pensar en Lautrec que se quedaba dentro; y poniéndose delante, le dice: «Blanca, ahí se queda Lautrec. ¿Para qué me mandaste venir aquí? Yo soy infeliz: ¡ve aquí una noche cruel!»

«Deja celos indignos y vulgares, le dijo Blanca: yo tendria á menos engañarte; y se dejase de amarte te lo diria. A lo que vengo aquí, quien quiera que esté en la Iglesia, es á pedir á Dios por ti: tú solo eres el objeto de mis ruegos: ¡olvidada tengo mi alma por la tuya! Ninguna necesidad habia de que me hubieses embriagado con el veneno de tu amor; pero ya que lo hiciste, debieras haberte consentido tambien á servir al Dios que yo sirvo. ¿A que esperas, que ni tienes valor para

ó muriendo, esta escena de dolor y de humillaciones en que me encuentro tres años hace? Tú estás siendo el tormento de mi familia: mi hermano te aborrece, mi padre está abrumado de pesares, y yo me siento morir. Mira bien este asilo de la muerte. Mis ojos comienzan ya á desear cerrarse para siempre, y no llorar mas. Pronto vendré yo aquí á descansar, si no te das prisa en recibir mi fe al pie del altar de los cristianos. ¡No adviertes tú que mi salud se altera? Los combates que estoy sufriendo, van minando mi vida poco á poco: mi fragil existencia no podrá sostener mucho tiempo la pasión que tú me inspiras. Piénsalo, Aben-Hamet: quiero hablarte tambien en tu mismo lenguaje; piénsalo y mira bien que el fuego que hace arder á una vela, es tambien el fuego mismo que la consume.»

Blanca entró en la Iglesia, y dejó á Aben-Hamet aterrado con estas últimas palabras.

No pudo el moro cerrar en toda la noche sus ojos, durante la cual sufrió su espíritu el mas recio combate de pensamientos y de afectos contrarios. Pero Blanca venció por último. ¿Por ventura, decia, me estimare yo en mas que la estimó á ella? ¿Por ventura valdrá mi alma mas que la suya? Cualquiera que sea su suerte en la eternidad, esa sea tambien la mia. ¿Y qué tengo yo que dudar ó que temer, si esta muger divina es el modelo de todas las virtudes? Sin duda el Dios que ella adora se las inspira, y este Dios no puede ser sino el verdadero. Triunfe pues en mi corazon esa misma ley que ha triunfado sobre mi patria; *Escrito estaba tambien esto!...* Blanca mia, esposa adorada, ya no te daré otro nombre..... No morirás, *tuyo soy: apercibe tu corazon.*»

Decidido y lleno de ardor esperó con ansia la aurora; y aguardó en su ventana los primeros rayos del sol, para saludar aquel astro que iba á alumbrar el dia en que se fijarian sus destinos. Deseaba el moro encontrar la ocasion de hablar á solas con Blanca, y anunciarle en llegando su afortunado cambio, y revelarle luego el secreto de su nombre y su nacimiento. Aguardó á este fin Aben-Hamet hasta la tres de la tarde hora en que acostumbraban salir todos los dias D. Carlos y Lautrec. ¡Con qué gozo miró en aquel dia la fachada de la casa del Duque! ¡Cómo le palpitaba el corazon al entrar por sus puertas! ¡Cuál iba á ser aquel instante de ver á Blanca y de saludarla con el nombre de esposa! ¡Qué dirá ella, y cuál será su inocente orgullo de haber amado á un Abencerrage! ¡Cuántas penas y humillaciones habrá de redimir un solo momento y una sola palabra! La resolucion de Aben-Hamet es sincera: ningun terror le intimida: Dios y BLANCA llenan solo su pensamiento.

Pero el bien y el mal tienen sus horas determinadas. ¡Infeliz de aquel que ignora ó que yerra el tiempo oportuno, y el instante preciso de donde pende la suerte de la vida! Doña Blanca habia salido con su hermano

para el Generalife, donde Lautrec les daba aquel día una fiesta. Aben-Hamet agitado de nuevo con temores mortales, vuela en pos de ella. D. Carlos y Lautrec no esperaban esta visita. El caballero francés le recibió con agasajo; pero turbado y esforzándose cortesmente en disimular su alteracion. Los cumplimientos de D. Carlos fueron frios segun su costumbre: los ojos de Blanca le saludaron mejor, y calmaron sus inquietudes.

Lautrec habia hecho servir las mejores frutas de España y Africa en una de las salas del Generalife llamada de los *Caballeros*. Al rededor de sus paredes estaban colocados los retratos de los principes y de los caballeros, vencedores de los moros, PELAYO, el CID, GONZALO DE CORDOBA, PULGAR, GARCILASO, PONCE, y otros muchos varones de la conquista. La espada del último Rey de Granada estaba colocada en un testero, por debajo de los retratos de los Reyes católicos. Aben-Hamet reprimió su dolor; y al contemplar aquellos cuadros, dijo entre sí como el leon de la fábula: *Nosotros no sabemos pintar*

El generoso Lautrec, que veia los ojos del Abencerrage clavados en la espada de Boabdil, le dijo: «Caballero moro, si yo hubiera previsto que me hariais la honra de venir á esta fiesta, no os hubieran recibido en esta sala. Cualquier día se pierde una espada. Yo mismo he visto á mas valiente de los Reyes entregar la suya á su enemigo mas afortunado que él.

» ¡Ah! exclamó el moro cubriéndose el rostro con una orilla del capellar: ¡se puede perder una espada como la perdió Francisco I: pero como Boabdil!...»

Llegada la noche fueron iluminados los jardines con mucho arte, y se hicieron correr todas las aguas: espectáculo hermoso y de grande efecto, que arrebatava el ánimo con un género de placer heroico, y levantaba el pensamiento á ideas graves y á recuerdos gloriosos. Trasládose la tertulia al magnífico *cenador de la Sultana*, cerca del *estanque de las Fuentes*, por debajo de la larga *escalera de las Cascadas*. Una hermosa gradería de alabastro, ofrecia en derredor un vistoso juego de jarrones de flores y arbustos de las cuatro partes del mundo, y de las islas mas remotas, á donde se estendia en aquel tiempo el imperio español. Los suaves céfiros hacian respirar una fragancia celestial, y esparcian la frescura de mil pequeños sirtidores que embelesan y animan aquel parage. La conversacion fué sabrosa, y tal como convenia á los tres nobles aventureros que se hallaban allí reunidos. Don Carlos, presntándose á los deseos de Lautrec, refirió con la elocuencia pomposa de la Nacion española la conquista de Méjico, las desgracias de MOTEZUMA, las costumbres de los americanos, los prodigios del valor castellano, y las crueldades mismas de sus compatriotas: que en su juicio no mere-

cian ni alabanza ni vituperio. Todas aquellas relaciones encantaban á Aben-Hamet, cuya pasion por las historias maravillosas mostraba bien su carácter árabe. Cuando le llegó su vez, hizo él tambien la pintura del imperio otomano recientemente asentado sobre las ruinas del imperio griego; y subiendo de allí á los tiempos memorables de los Califas, refirió aquellos siglos del esplendor mahometano, cuando el Comendador de los Creyentes veia brillar á su lado á ZOBEDA, á FLOR DE HERMOSURA, á FUERZA-CORAZONES, á TORMENTA, y al generoso GANEM, que se hizo esclavo por amor. Lautrec describió luego con hermosos colores, la galante corte de FRANCISCO I; la restauracion de las artes, en el seno mismo de la barbarie; el honor, la lealtad y la caballeria de los tiempos antiguos, en union con la cultura de los siglos civilizados; los campanarios góticos y las torrecillas antiguas, donde principiaban á añadirse y á ostentarse las órdenes y las gracias de la arquitectura griega; y las damas galesas realizando la riqueza de sus adornos con el gusto y el arte de las damas de Atenas.

Despues de estos discursos, Lautrec, que deseaba divertir á la divinidad de aquella fiesta, tomó una guitarra y cantó el siguiente romancé, que él mismo habia compuesto, arreglado á una aria de los montes de su pais.

¡Oh qué dulce es acordarse

De su patria, y recrearse

En los años que volaron,

Y como sueño pasaron,

De la infancia!

¡Patria amada, bella Francia!

Tú serás siempre mi amor.

¡Cara madre!... Tierna hermana.

¿Te acuerdas cada mañana

De los dos, que en su regazo

Recibiamos el abrazo

Maternal?

¡Tiempo hermoso, patriarcal!

Tú serás siempre mi amor.

Di, ¿te acuerdas del castillo,

De la ermita y del sotillo,

Y el esquilon vocinglero

Que sonaba en el otero

La alborada?

¡Oh cabaña! ¡oh mi majada!

Tu serás siempre mi amor.

Los dos juntos ¡cuántas veces,

Junto al lago de los peces.
Retozabamos serenos.
Y cantabamos agenos
De cuidados.
Dulces años ya pasados!
Vos seréis siempre mi amor.
¿Quién consolara mi pena?
¿Quién me volverá a mi Elena?
¿Cuándo veré mis frutales,
Y me daran mis rosales
Su fragancia?
Patria amada, bella Francia!
Tu serás siempre mi amor.

Al acabar Lautrec la última copia, enjugó con su guante una lagrima que le hizo saltar la memoria de su patria. Nadie mejor que Aben-Hamet, á quien la pérdida de la snya habia costado tan recios dolores, se hallaba allí en estado de concebir la pena del triste prisionero. Aben-Hamet la convirtió en suya propia. Los recuerdos de su familia y de su tribu, que tan cerca se hallaba de abandonar para siempre, suscitaron en su corazon sentimientos profundos, y abrieron de nuevo todas sus heridas. Alargóle luego Lautrec con mucha cortesía la guitarra, y doña Blanca le rogó que cantase. Aben-Hamet queria excusarse, porque todas las canciones que él sabia erán del tiempo de la guerra con los cristianos, y temia que les fuesen desagradables. «Si vuestres cantos, le dijo entonces don Carlos desdenosamente, no contienen sino quejas por nuestros triunfos, bien podeis tenernos esa condescendencia: á los vencidos se les permiten las lágrimas.»—«Mi hermano dice bien, añadió Blanca: lo mismo sucedió en otro tiempo á nuestros padres cuando estaban sometidos á los moros; y por eso nos han quedado tantas canciones y romances lastimosos de aquel tiempo.»

Aben-Hamet tocó entonces un gracioso preludeo, con particular destreza, y en seguida cantó esta balata que le habia enseñado un poeta de su tribu.

Don Juan, Rey de España,
Cabalgando un dia,
Desde una montaña
A Granada via.
Dijole prendado:
«Hermosa ciudad,
Mirame afanado
Tras de tu beldad.
De mi amor en muestra,

Fe de caballero,
 Te ofrezco mi diestra,
 Y la tuya espero.
 Junta tus blasones
 A los de Castilla
 Y te traeré en dones
 Córdoba y Sevilla.

Mucha ofrenda de oro,
 Joyas muy precíadas,
 Si dejas al moro
 Te tengo guardadas.

Respondió Granada:

«Vuélvete á Toledo,
 Que yo estoy casada
 Y amarte no puedo.

Tu ambicion modera,
 Vete mas despacio;
 Mira esa bandera
 Que ondea en palacio.

Guarda tu presente;
 Y en vez de dinero,
 Si te crees valiente

Prueba con acero:
 Mil torres me guardan;

Cien mil campeones
 Dispuestos aguardan
 A tus infanzones.»

Así tú decías,

Así tú mentías:

Granada es perjura!

Fiera desventura!

Un infiel maldito

Del abencerrage

Tiene el heredage;

¡Así estaba escrito!

Raza de valientes,
¿Quién te esterminó?
Ciudad de las fuentes,
¿Quién te cautivó?

Alhambra querida,
Mansion del placer,
¿Para qué es la vida
Si no te he de ver?

Un infiel maldito,
Del abencerrage
Tiene el heredage
¡Asi estaba escrito!

Los acentos del Moro tenian , sobre un hermoso metal de voz muy dulce y muy sonoro , toda la espresion vehemente y patética de carácter africano. Asi fué que su cancion , sin embargo de las invectivas harto fuertes que contenia la letra , escitó la compasion de todos, y conmovió al mismo Don Carlos , el cual le dió no pocas muestras de su agrado , á la par de su hermana y de Lautrec. Dirigióse despues este á Don Carlos pidiéndole que cantase á su vez alguna cosa , y á fuerza de muchas instancias pudo conseguirlo. Aben-Hamet entregó entonces la guitarra al hermano de Blanca , y cantó este la siguiente letra en memoria del Cid:

Pronto á partir á la africana orilla
El Cid valiente deja el nupcial lecho:
El honor y la gloria de Castilla,
Mucho mas que el amor puede en su pecho.

* El asunto de esta balada hace alusion al rey de Castilla D. Juan II, que por el año de 1431 llevó la guerra hasta las puertas de Granada , y taló todos los campos y lugares del contorno. Al terror que habian causado las armas de D. Juan , se añadieron las inteligencias secretas que este mantenia con algunos caudillos moros , poderosos en la córte , por medio de los cuales hizo proposiciones muy ventajosas para los habitantes de aquella ciudad , sin escasear el oro y los presentes para comprar las voluntades. Pero prevaleció la lealtad y la constancia del mayor número , por lo cual el monarca español se vió obligado á retirarse y desistir de su empresa. Mr. de Chateaubriand habia cometido aqui un error histórico , suponiendo que D. Juan era solo rey de Leon. Nosotros lo hemos corregido en nuestra traduccion.

«Parte en buen hora á combatir al moro,

Dice Jimena con jovial semblante:

No está bien á tu esposa el flaco lloro;

Triunfa, y vuelve á los brazos de tu amante.»

«Venga el casco y la lanza; mi tizona

Brille tambien, esclama Don Rodrigo,

En la apartada y ardorosa zona,

Donde tiene su asiento el enemigo.

El valor español rinda y asombre

De la morisma aquel remoto punto;

Tiemble el Atlas, Jimena, oiga tu nombre,

Que al grito del honor siempre va junto.

Tu elogio con el mio será llevado

De siglo en siglo en boca de la fama,

Y dirá que Rodrigo ha peleado

Por su Dios, por su rey y por su dama.»

Al cantar esta letra se animó de tal manera D. Cárlos, y esforzó su voz grave y profunda con un tono tan vigoroso, que el Cid mismo no hubiera parecido tan arrogante. Lautrec participaba el entusiasmo guerrero de su amigo; pero el abencerrage perdió el color al oír el nombre del Cid, y dejó ver la ira que le causaban las alabanzas de aquel héroe cristiano.

«Ese caballero, dijo Aben-Hamet, que los españoles llamaban la *Flor de las batallas*, ha dejado entre nosotros la fama de cruel. Si su generosidad hubiera igualado á su valor...»

«Su generosidad, réplicó vivamente D. Cárlos sin dejarle acabar, sobrepujó á su valor. Solo los moros serian capaces de calumniar al héroe de quien descende mi familia.»

«¿Qué es lo que oyen mis oídos! exclamó el abencerrage, saltando del asiento donde estaba medio recostado: ¿cuentas tú al Cid entre tus abuelos?»

«Su sangre corre por mis venas, respondió D. Cárlos, y con ella siente mi corazón aquel mismo odio inextinguible que él tenía contra los enemigos de mi Dios.»

«Con que vosotros sois, dijo Aben-Hamet mirando á Blanca, de la casa de esos mismos Vivares, que despues de la conquista de Granada invadieron los hogares de los desgraciados abencerrages, y dieron la

muerte á un anciano de su nombre que defendia el patrimonio de sus mayores?»

«Moro, gritó D. Carlos inflamado de cólera, ¡sábete que yo no me dejo preguntar de nadie. Si no poseo en el día los bienes de los abencerrages, mis padres los adquirieron con su sangre, y los deben solamente á su espada.»

«Pero una palabra no más, dijo Aben-Hamet cada vez mas alterado, nosotros habiamos ignorado en nuestro destierro que los Vivares llevasen el título de duques de Santa Fé. Esto es lo que ha causado mi error.»

«Pues no lo ignores, replicó D. Carlos. A ese mismo Vivar, vencedor de los abencerrages, fue dado ese título por Fernando el Católico en recompensa de sus hazañas.»

Aben-Hamet se quedó inmóvil en medio de D. Carlos, de Lautrec y de Blanca, admirados de ver su aptitud y el trastorno de su rostro. La cabeza inclinada sobre el pecho y sus brazos cruzados, dos arroyos de lágrimas corrieron de sus ojos sobre el puñal que llevaba en la cintura. Vuelto en sí despues de algunos instantes, con voz lenta y quebrantada es dijo:

«Perdonadme, señores; yo sé bien que los hombres no deben llorar y aunque me quedan muchas mas lágrimas, no volverán á salir á la parte de afuera, escuchadme:

«Blanca, el amor que yo te tengo iguala al ardor de los vientos ardientes de la Arabia. Tú me venciste: érame ya imposible vivir sin ti. Desde ayer quando vi á ese caballero orar en el templo, y despues que me hablaste en el cementerio, me llegué á decidir á reconocer á tu Dios como el único verdadero, y á ofrecerte mi mano.»

Un movimiento inesplicable de alegría de Blanca y de sorpresa en D. Carlos interrumpió á Aben-Hamet. Lautrec se volvió á un lado por ocultar su rostro y su pena. Pero el moro se dirigió hácia él y sacudiendo su cabeza con la sonrisa del dolor, le dijo:

«Caballero, no pierdas enteramente la esperanza; y tú, Blanca, volviéndose hácia ella, llora sobre el último abencerrage.»

Blanca, D. Carlos y Lautrec levantan los tres las manos hácia el cielo, y esclaman asombrados: «El último abencerrage!»

Un momento se quedaron todos en silencio: el temor, la esperanza, el odio, el amor, el pasmo, los celos reinan allí en los corazones. Blanca, fuera de sí, se pone de rodillas, y levantando los brazos y cruzando sus manos esclama:

«Dios de bondad, tú justificas mi elección! Mi corazón no se habia engañado; mi amor era noble; yo no habia amado sino á un descendiente de héroes.»

«Hermana, gritó D. Carlos con nuevo furor; repara siquiera qu está delante de nosotros Lautrec!»

Don Carlos, dijo entonces Aben-Hamet, suspende tu cólera; yo os dejaré á todos descansar.» Y dirigiéndose á Blanca, le dice:

«*Huri del cielo, Angel de amor y de hermosura, Aben-Hamet será tu esclavo hasta su postrer suspiro; mas atiende y verás hasta dónde llega su desgracia: El anciano inmolado por tu abuelo al defender aquel su casa, era el padre de mi madre. Oye ahora un secreto mas, que yo te habia ocultado, ó que mas bien tú me habias hecho ya olvidar. Cuando vine yo la primera vez á visitar mi triste patria, mi solo fin habia sido buscar algun hijo de los Vivares que pudiese darme razon de la sangre que sus padres habian derramado.»*

«Y bien, dijo Blanca con una voz dolorosa, pero sostenida por el acento de un alma grande: ¿cuál es tu resolucion?»

«La única que puede ser digna de tí, respondió Aben-Hamet: volverte tus juramentos, y satisfacer con una ausencia eterna, y con mi muerte, los deberes que nos impone la enemistad de nuestros dioses, y de nuestras patrias y familias. Si mi imagen llegare alguna vez á borrarse de tu corazón; si el tiempo, que todo lo destruye, alcanzare á disipar en tu alma la memoria del abencerraje, este caballero francés. Este sacrificio debes hacer á tu hermano.»

Lautrec acude con impetuosidad, y abrazando al Moro, le dice: «No creas tú vencerme en generosidad, ¡oh Aben-Hamet! Yo soy francés; Bayardo me armó caballero; tengo derramada mi sangre por mi rey, y yo querré vivir siempre como mi padrino y mi príncipe, *sin miedo y sin tacha*. Si te quedarás con nosotros, yo le pido desde ahora mismo á Don Carlos que te conceda la mano de su hermana; mas si dejares á Granada, jamás ni una palabra siquiera de mi amor inquietará á tu amante. No quiero yo que laves, si te ausentas, la funesta idea de que Lautrec, insensible á tu virtud, haya pensado aprovecharse de tu desgracia.»

Y Lautrec estrechaba al Moro en su seno, con el calor y la vivacidad que son naturales en un francés.

«Caballeros, dijo D. Carlos, yo no esperaba menos de vuestra ilustre condicion. Aben-Hamet, ¿qué prueba podré yo tener para reconocer por el último Abencerraje?»

«Mi conducta,» respondió Aben-Hamet.

«Yo la admiro, dijo el español; pero antes de deciros lo que yo pienso, mostradme alguna señal de vuestro nacimiento.»

Aben-Hamet sacó de su seno el apillo hereditario de los Abencerrajes, que llevaba colgado al cuello en una cadena de oro.

Don Carlos le vió, y no quedándole mas duda, le alargó la mano y le



dijo: «Señor caballero, yo os reconozco por verdadero rico-hombre, descendientes de reyes. Vuestros proyectos, con respecto á mi familia, me hacen mucho honor: yo acepto el combate que habiais venido á buscar secretamente. Si yo fuere vencido, todos mis bienes, que en otro tiempo fueron vuestros, os serán entregados. Pero si renunciáis á vuestro proyecto de duelo, aceptar el segundo partido que os ofrezco: hacéos cristiano, y recibid por esposa á mi hermana, á quien Lautrec acaba de pedir para vos.»

La tentacion era grande; pero no superior á las fuerzas de Aben-Hamet. Muy vivamente hablaba el amor al corazon del Abencerrage; pero aun hablaba mas alto, y le estremecia, la idea de unir la sangre de los perseguidores con la de los perseguidos. Pareciale ver salir de la tumba la sombra de su abuelo, y echarle en rostro aquella sacrilega alianza. Traspasado de dolor, y mirando á Blanca, á D. Carlos y á Lautrec, gimió profundamente, y les dijo: «Para que no me quedase nada que sentir, y para que yo conociese mejor lo que voy á perder, han permitido tambien mis destinos que encontrase yo aqui tantas almas sublimes, y tantos caracteres generosos! Yo no acierto á deliberar: sea Blanca la que decida mi suerte: diga ella lo que fuere su voluntad que yo haga, para ser mas digno de su amor.»

Blanca fijó sus ojos en Aben-Hamet; pensó algunos instantes; y cayendo desmayada, pronunció clara y distintamente estas palabras: *Vete al desierto!*

Aben-Hamet se postró en tierra, adoró á Blanca mas que al cielo, y salió sin hablar mas palabra. Aquella misma noche, patió para Málaga; y en cuanto llegó á aquella ciudad, se embarcó para Orán. Cerca de aquella plaza encontró acampada la caravana que sale cada tres años de Marruecos; y, partiendo con ella, atravesó el Africa, llegó á Egipto, y se unió con los peregrinos que iban á Meca.

Blanca padeció una larga enfermedad, que la tuvo mucho tiempo á las puertas de la muerte; pero sus dias no estaban cumplidos. Lautrec, fiel á la palabra que habia dado al Abencerrage, se ausentó tambien para siempre, sin que de su boca saliese la menor queja de su amor ni de su dolor; respetando hasta el último momento de la despedida la profunda melancolía de la hija del duque de Santa Fe. Todos los años se iba Blanca á pasar la primavera en las montañas de Málaga; por aquel mismo tiempo en que Aben-Hamet habia acostumbrado venir de Africa: allí se sentaba en las rocas, y contemplaba el mar y los bajeles retirados que atravesaban el canal: lo demás del año lo pasaba en Granada entre las ruinas de la Alhambra. No se quejaba nunca, ni volvió jamás á llorar; ni en su vida habló mas de Aben-Hamet: cualquier extraño hubiera podido pensar que era dichosa. Ella fué la única que quedó de su familia.

Su padre murió de pesar, y D. Cárlos fué muerto á poco tiempo en un desafío en que Lautrec le sirvió de segundo. De Aben-Hamet no se volvió á saber nunca mas.

Al salir de Túnez, por la puerta que va á las *ruinas de Cartago*, se ve allí cerca un cementerio. Debajo de una palma, en una estremidad de aquel triste cercado, me mostraron un sepulcro que los naturales llaman *La tumba del último Abencerrage*. Aquel monumento es muy sencillo: la piedra sepulcral es toda lisa, sin adorno ni inscripcion: solamente en medio de ella, segun una costumbre antigua de los moros, hay una especie de concavidad, cortada á propósito con el cincel á manera de una pila. El agua de la lluvia, se recoge en el fondo de aquella copa funebre; en aquel clima ardiente, las aves del cielo bajan allí á aplacar su sed.

FIN.

Su padre murió de pesar, y D. Carlos fue muerto á poco tiempo en un desahío en que Lantec le sirvió de segundo. De Áben-Hamet no se volvió á saber nunca más.

Al salir de Tínez, por la puerta que va á las ruinas de Cortado, se ve allí cerca un cementerio. Debajo de una palma, en una estremidad de aquel triste cercado, me mostraron un sepulcro que los naturales llaman *La tumba del último Abencerraje*. Aquel monumento es muy sencillo: la piedra sepulcral es toda lisa, sin adorno ni inscripción: solamente en medio de ella, según una costumbre antigua de los moros, hay una especie de concavidad, cortada á propósito con el fin de recoger en ella la lluvia, se recoge en el fondo de aquella copa líquida; en aquel clima ardiente, las aves del cielo bajan allí á beber.

FIN.